

De los autores BEST SELLER
NORAH CARTER PATRICK NORTON MONIKA HOFF

DESTRUCCIÓN

TRILOGÍA McRAY

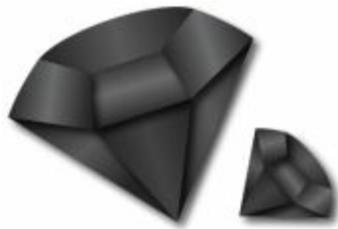
LIBRO 2

DESTRUCCIÓN

Trilogía McRay

2

Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff



Título: Atracción

©Norah Carter — Monika Hoff — Patrick Norton

©DolceBooks

Primera edición: febrero, 2017

Diseño de portada: China Yanly

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



Capítulo 1

No era mi cuerpo. No, tampoco era la sombra de un pájaro. Ojalá lo fuese. Ojalá hubiera tenido esa libertad que tanto añoraba en esos animales para volar alto y desaparecer de este jodido mundo. No podía decir que estaba confusa. No. Yo sabía con claridad lo que había sucedido en mi vida, lo que me había llevado a ser esa mujer engreída y vanidosa durante tantos años.

Llevaba varias semanas en Irlanda. No tenía contacto con nadie. Ni siquiera había tenido la valentía de coger algunas llamadas de Jess. Ahora yo había elegido esa vida de soledad y de retiro.

Nunca imaginé que el dinero pudiera hacer tanto daño en una persona. No era la primera vez que pensaba en el mal uso que le estaba dando a la fortuna de mi padre. Podía haber ayudado a mucha gente que lo estaba pasando francamente mal con un poco de esos ingresos que semanalmente llenaban mi cuenta corriente.

Pero hay algo que hace que las personas vanidosas lo sean, que sean codiciosas y que solamente piensen en sí mismas. Y se trata de la falta de generosidad.

Lo vi en James, en mi hermano, que malgastaba con voluntad el dinero de mis padres, y lo vi en mí, que solo pensaba en modelitos y en tratamientos de belleza. Para ser una persona vanidosa, lo que tienes que hacer es no pensar en el resto de la humanidad, sino solo en ti. Ahora me daba cuenta, lejos, muy lejos de Brad y quienes podían haber sido unos amigos excepcionales, de que mi vida había sido un puto desastre.

Me martirizaba pensándolo una y otra vez.

Aquella mañana de lunes no salí de casa. Llovía. Aproveché para quedarme en la cama. Pensaba en montar algún negocio o en buscar trabajo para deshacerme de esa vida de excesos y pereza continuada que siempre había llevado.

Quería ser otra mujer. Mi separación de Brad había sido un punto de inflexión en mi vida. Que el hermano del que podía haber sido el hombre de mi vida hubiese sido atropellado, asesinado, por James, me ponía enferma. Estaba a punto de enloquecer. Quizá, lo único positivo que había detrás de aquella tragedia es que yo podía renegar de mi pasado turbio y comenzar desde cero.

Debía poner tierra de por medio. No desayuné. Me levanté a mediodía y me duché. No tenía ganas de meterme nada en el estómago aquel lunes. Además, no sabía cocinar nada. Solo había comprado latas y platos precocinados desde que me instalara allí. Y aquello todavía me hacía menos apetecible acercarme a la nevera o a la encimera.

Me preparé un té y estuve mirando por la ventana. Una pequeña plaza con una diminuta arboleda era el paisaje que contemplaba desde mi salón, todo un lujo en aquella ciudad donde la neblina y una llovizna intermitente desdibujaban las fachadas de las casas que me rodeaban.

¿Tenía miedo? Sí, lo llamaré miedo. Tenía miedo, no a comenzar, sino a recordar. Cada vez que recordara, sentiría el temblor, la nostalgia, la ausencia de Brad y de lo que podía haber sido el inicio de una vida feliz. Tenía miedo a tantas cosas. Ni siquiera tenía a Marlene ayudando en casa. No tenía a nadie con quien hablar, con quien desahogarme. Me ahogaba, pero era un castigo que merecía, maldita sea.

Pese a la fina lluvia, decidí salir a dar una vuelta por la ciudad. Cuando una viaja por tantos lugares

del mundo y duerme en los hoteles más caros, termina por no darle importancia a las ciudades que visita. Lo que cambia un lugar es tu punto de vista, tu estado de ánimo, la compañía. Yo siempre había viajado sola o con James.

Ahora me daba cuenta de que, si Brad estuviese a mi lado, Dublín me parecería una ciudad maravillosa, pero ahora era otra de esas ciudades europeas que había visitado sin que me emocionara significativamente.

Me puse ropa deportiva. Quería pasar desapercibida. No quería que nadie se fijara en mi cuerpo, en mi rostro. Allí no era conocida. De hecho, no era conocida en ningún lugar del mundo, salvo por mi apellido McRay. Yo llevaba la sombra de mi padre allá donde fuese y eso era un estigma con el que James y yo debíamos cargar.

Caminé durante un largo rato por Grafton Street y curiosamente algo hizo que me detuviera delante de un escaparate. No tenía ganas de llenar mi nuevo armario con ropa cara. No me apetecía nada ir de compras. ¿Dónde me detuve?

Fue delante de una librería. No había reparado en ella pese a haber pasado por aquel lugar decenas de veces las últimas semanas. De nuevo fue un libro sobre pájaros la que me atrajo la atención. Sin pensármelo dos veces, entré. Compraría aquel libro donde una preciosa gaviota suspendida en el aire aparecía en la portada. Se trataba de un ensayo del prestigioso biólogo Trevor Jones.

Entré sin pensármelo dos veces. Una anciana amable regentaba aquella pequeña librería. Me sonrió. Estuve hojeando diversos libros y algunos álbumes infantiles que tenían unas ilustraciones preciosas. Aunque nunca había sido proclive a leer, salvo esos libros sobre aves, decidí que no me vendría nada mal hacerme con una pequeña biblioteca en casa. Seguramente contribuiría a darle un carácter más acogedor y rompería con esa fría atmósfera que ahora tenía en su interior.

Mientras me hacía con unos cuantos libros, entre ellos, ese ensayo sobre aves, alguien cruzó el umbral de la puerta de entrada, alguien que despertó mi curiosidad.

Era un hombre que, seguramente, rondaba los cuarenta años. No era un jovencuelo, pero se notaba que se cuidaba muy bien. Su porte atlético y una mirada seductora enseguida hicieron que bajara la mirada. Me estaba poniendo muy nerviosa.

¿Cómo podía sucederme eso? No sabía cómo reaccionar o comportarme. El magnetismo que despedía aquel hombre, cuya madurez y seguridad se notaban en su voz al hablar con la dependienta y en la elección de un traje gris, estaba en sintonía con esa actitud varonil que destilaba con cada gesto.

Como la librería no era muy grande, enseguida se percató de mi presencia. Qué idiota era. Estaba ante un tipo muy interesante y yo llevaba un chándal y unas zapatillas de deporte.

Sin embargo, mi rostro estaba ahí, frente al suyo, en esa distancia justa y prudente en que dos personas pueden mirarse detenidamente sin que ninguno de ellos se sienta intimidado. Y eso hizo él. Fijarse en mí. Y yo me sonrojé.

Tenía claro que, a estas alturas, yo no creía en los flechazos y en nada parecido a enamorarse a primera vista. Si alguna vez experimenté algo parecido a eso, fue con Brad. Pero creo que, a estas alturas, no me sentía capacitada para volver a experimentar algo así.

Pero he de confesar que la aparición de aquel hombre en la librería hizo que, por unos momentos, me olvidara de todo lo que había sucedido en Manhattan, de todo lo que había dejado allí. Imaginaba continuamente a Brad, aniquilado al saber que yo, a la que había amado salvajemente, era la hermana de su mayor enemigo.

Con atrevimiento y, sin saber por qué, me dirigí al mostrador para pagar mis libros. El hombre había comprado una antología de cuentos orientales que la dependienta estaba envolviendo pacientemente. Estaba claro que era un libro para regalar. Al acercarme, sentí su fragancia oscura y penetrante. Tenía gusto al elegir el perfume como había tenido al elegir su indumentaria. Un corte de pelo refinado y algunas canas le daban un aire misterioso.

Si me preguntáis si me acordaba de Brad en aquel momento, os diré que no lo había olvidado. Que aquel chico al que James había destrozado su vida seguía en mi corazón y el hecho de que yo me hubiese trasladado a Dublín a vivir era la prueba fehaciente de lo que estaba diciendo.

Pero la presencia de aquel hombre me tenía cautivada. En otro tiempo, ni siquiera lo hubiera mirado. Pero ahora que había descendido al reino de los mortales, me encantaba recrearme en la belleza de

la gente corriente. Había escarmentado. Estaba harta de aquellas falsas amistades en los círculos de mi hermano y en esos ligues de una noche donde no había ninguna diferencia entre un consolador y aquellos chicos de portada de revista.

Fingí que no estaba interesada por la curiosa elección de aquella antología de cuentos, pero él, sin embargo, no pudo evitar comentar algo sobre el libro que había elegido.

—No sabía que a alguien le pudiese interesar ese trabajo sobre aves — manifestó con una voz suave y tersa.

—Sí. Me encanta leer sobre pájaros.

—¿Quién me iba a decir que una joven tan hermosa tendría esos gustos tan peculiares?

—¿A qué se refiere con “peculiares”? — pregunté seria, tratando de seguirle el juego.

—No me malinterprete, señorita. Conozco al autor.

—¿De verdad? — volví a preguntar.

—Sí, además, es un tipo extraordinario.

—No he leído ningún libro de él, solamente algunos artículos que ha ido publicando en Internet — dije con tono apagado.

—No le va a defraudar si le gusta el apasionante mundo de los pájaros — dijo él esbozando una leve sonrisa.

—No sé si se está burlando de mí.

—No me estoy burlando. Simplemente me encanta saber que hay personas que sienten pasión por estos temas. ¿Es usted bióloga?

—Bueno, algo parecido — mentí con un tono enigmático.

El hombre volvió a sonreír y sus ojos parecían que querían leer algo en los míos. No sabía cómo interpretar aquellas palabras y aquel tono que, aunque natural y espontáneo, no dejaba de tener un halo de seducción.

—Perdone si me he entrometido donde no me llaman, señorita.

—No, no se preocupe. Está siendo usted muy amable conmigo y se agradece una buena conversación en un día gris como este.

—Me llamo Lewis y he venido a pasar unos días a Dublín por cuestiones de trabajo. Viajo solo y aprovecho algo de mi tiempo libre para perderme por la ciudad y comprar algunos regalos.

—Yo también he venido de visita. Sola. Viajo sola también — mis palabras sonaron a lástima.

—A lo mejor soy un poco atrevido, pero, si le apetece, podemos ir a tomar un café. Conozco un sitio donde, además, sirven unos pasteles de té excelentes.

En aquel momento, no supe qué contestar. Por un lado, me apetecía mucho hacerlo, pues necesitaba descubrir una nueva vida en mí, inventarme una biografía para poder sobrevivir en aquella ciudad. Por otro lado, sentía remordimientos. No merecía disfrutar. No merecía tomarme ni un solo momento de respiro. Dublín era mi lugar para el destierro, para desaparecer y eso también significaba librarme de cualquier cosa que significara placer.

—¿Está preocupada? No era mi intención molestarla.

—No, no ha sido usted. Soy yo. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

La amable anciana terminó de envolver el libro. Se lo cobró y, después, yo míos. El hombre bajó la cabeza y, triste, abrió la puerta para marcharse. Ni siquiera hizo el ademán de despedirse. Mi silencio y mi última frase parecen que fueron interpretados como excusas por aquel hombre cuyo perfume había despertado una extraña y atrayente emoción en mí.

—Lewis, me gustaría acompañarle — dije espontáneamente.

—Será un placer invitarla a un café.

—No me hable de “usted”, por favor. Me llamo Susan.

—Pues, nada. Susan, será un placer invitarla a un café.

Lewis abrió su paraguas. Llovía. Yo me refugié junto a él y caminamos unos metros. Sentí su cuerpo cerca del mío. Dublín se sumía en una tibia claridad. La niebla ascendía para dar paso a una latente oscuridad que hacía que mi corazón se encogiera por momentos. Aquella ciudad, pese a su encantadora belleza gris, no tenía que ver con Manhattan.

Entramos a la cafetería que Lewis me había indicado. Forrada con madera y sumergida en una atmósfera húmeda y macilenta, parecía el camarote de un viejo navío.

Lewis cerró su paraguas y me acompañó hasta una mesa, cerca de la ventana. Pude comprobar que era un hombre verdaderamente atractivo y que, por su trabajo, parecía guardar conocimientos y experiencias de todo tipo.

Durante unos minutos, no nos dijimos nada. Ninguno de los dos sabía cómo romper el hielo. Nos limitábamos a mirarnos y a sonreír como si fuésemos dos adolescentes a los que han citado por sorpresa.

La música de los Beatles resonaba por todo el local. Después de pedir el café y unos dulces, Lewis se atrevió a iniciar una conversación.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Susan?

—Sí, claro.

—¿Por qué estás sola en Dublín?

—Es una larga historia. Te aburriría. Si no te importa, no me apetece hablar de eso ahora mismo.

—Lo siento. Yo me dedico a la edición de libros. Por eso conozco al autor de ese ensayo sobre aves que has comprado.

—¡Vaya! El mundo es un pañuelo.

—¿Te puedo hacer otra pregunta?

—Preguntas demasiado, Lewis. Pero, no pasa nada—dijo sonriendo.

—¿Por qué te gustan tanto las aves?

—Me gustaría ser libre, sin materialismo, volar donde quisiera, no pertenecer a este mundo cruel...

—¿Tanto has sufrido?

—Demasiado...

—Vaya, lo siento... — dijo mientras me daba un apretón de mano a modo consuelo, de forma muy cariñosa, respetuosamente.

—No pasa nada, lo tengo asumido...

Pasamos un buen rato charlando, me contó que iba a estar en Dublín 4 días, era de Praga, pero al trabajar en ediciones literarias, se veía obligado a viajar frecuentemente por Europa.

—Mañana me gustaría invitarte a desayunar.

—Vale, muchas gracias, eres muy amable.

—Bueno, puedo recogerte si quieres, te acompaño paseando.

—Perfecto.

Pasé el día pensando en Brad, pero de vez en cuando volvía a venirme a la mente Lewis, era extraño e incluso me sentía mal por ello.

Capítulo 2

Me había despertado esa mañana temprano y estaba algo nerviosa. No dejaba de mirar la hora, esperando a que sonara el timbre de mi casa.

El día anterior me sentí muy bien con Lewis, olvidando la sensación de nerviosismo que tuve en todo momento y que seguía sin explicarme, su compañía me había venido muy bien. No entramos en terreno personal, la conversación fue, en todo momento, una manera de romper el hielo.

Él era un hombre seguro de sí mismo, pero yo notaba cómo conmigo se ponía nervioso. Me gustaba eso, me hacía sentir poderosa lo que provocaba en los hombres.

O, mejor dicho, siempre me había gustado, en pasado, porque desde hacía tiempo, ni eso me llenaba.

Lewis me acompañó a casa cuando salimos de la cafetería y me invitó a desayunar al día siguiente, así que ahí estaba yo en ese momento, esperando.

Miré la pequeña plaza que había frente a mi ventana. El día se había despertado gris, como casi siempre en Dublín, pero no llovía. En cualquier momento empezaría a caer esa fina llovizna desquiciante que te empapaba por completo.

Cerré los ojos y apoyé la cara en el cristal cuando la imagen de Brad volvió a mi mente. Quizás volvió no sea la mejor manea de explicarlo porque nunca se había borrado de ahí, como tampoco podía sacarlo de mi corazón.

Y era por eso por lo que había pasado mala noche, por sentirme desleal.

Sí, ya sé que no hice nada malo, solo tomarme algo con un hombre sin segundas intenciones, pero un hombre que, sin saber por qué, despertaba algo en mí. Quizás un poco de ilusión, no sabría explicarlo.

Y eso me hacía sentirme mal. Porque Brad seguía en mí.

Resoplé, frustrada. Había tomado la decisión de alejarme para olvidar, porque lo que nos separaba a él y a mí era un obstáculo insalvable. Mi hermano no solo había matado a un pobre chico inocente y destrozado la vida de una familia, de la familia de Brad, sino que además había destrozado la mía.

No podría estar junto al hombre del que me había enamorado, no podría tener ilusión por una vida juntos, ni siquiera podía darle la cara y explicarle por qué me había ido.

No podía hacer nada, salvo desaparecer.

Y eso es lo que había hecho.

Y ahora me tocaba emprender una nueva vida, tener metas, sueños, hacer algo productivo y, por qué no, volver a ilusionarme con alguien. Aunque nunca pudiera sentir nada por quien fuera, nada como lo que sentía por Brad, pero sí lo suficiente para seguir viviendo.

Y la vida me había puesto a Lewis en el camino. ¿Quién sabía si podía ser la salvación a mi alma herida?

Di un par de golpecitos con mi cabeza en el cristal. No, no podía estar pensando eso, yo aún no estaba preparada para alguien más y necesitaba sentirme capaz de entregar, aunque fuera un poco a quien llegara. Porque quien fuera, merecía mucho más de lo que podía entregar.

Además, que solo fue un encuentro casual, tal vez una bonita amistad, pero nada más.

La cuestión era que ahí seguía, dándole vueltas a mi mente, pensando y pensando, sin poder descansar, tal y como había pasado la noche.

“Pero vas a desayunar con él”, pensé.

“Sí —me dije a mí misma—, como amigos”.

Pero ni yo misma me creía eso. Porque lo que me daba miedo era engancharme a alguien, Lewis en este caso, como si fuera un salvavidas, algo a lo que agarrarme para que hiciera mi vida más llevadera.

Y nadie merecía eso.

Nadie merecía ser usado y yo no lo haría. Bastante frívola había sido toda mi vida, ya no era ese tipo de mujer, ahora había valores más importantes por los que me regía.

El timbre de la puerta sonó y me sacó de mi estado de trance. Carraspeé, nerviosa y me pasé las manos por la ropa en un gesto inquieto.

Me puse el abrigo, cogí mi bolso y abrí. Ahí estaba Lewis con una gran sonrisa en la cara.

—Buenos días. Estás preciosa recién despierta —su voz, más ronca de lo que la recordaba.

—No digas eso —dije sonrojada—, tengo unas ojeras de caballo.

—¿Ojeras de caballo? ¿Los caballos tienen ojeras? —bromeó.

—La verdad es que no lo sé —sonreí tontamente—, pero creo que se dice así.

—Tonterías, estás preciosa.

—Gracias.

Salimos del edificio y llegamos en silencio hasta la misma cafetería en la que estuvimos el día anterior. Era un poco extraño, ambos estábamos nerviosos y era cómico. Ya habíamos estado algo de tiempo juntos, pero esa sensación seguía sin desaparecer.

Por casualidades de la vida, nos sentamos en la misma mesa y pedimos el desayuno para ambos.

—¿Una mala noche? —preguntó cuándo el camarero se marchó con nuestro pedido.

—Digamos que una noche normal —dije con sinceridad.

—Sé que aún no nos conocemos, pero si necesitas hablar...

—No, Lewis, gracias, pero demasiado haces perdiendo tu tiempo conmigo.

—¿Perdiendo mi tiempo? ¿Es eso lo que crees que hago? —su pregunta sonó a incredulidad.

—Bueno, no soy alguien con una conversación interesante, tienes un trabajo en el que seguro te codearás con grandes mentes. Así que sí, estar conmigo puede ser una pérdida de tiempo.

El camarero dejó el desayuno en la mesa, eché el azúcar a mi café y le di un sorbo mientras miraba la cara extrañada de Lewis.

Yo estaba nerviosa y parecía que en momentos así no podía controlar mi lengua. Eso y empezar a decir estupideces seguramente, pero así era yo.

—¿Me vas a decir que una chica como tú se considera aburrida? —preguntó al volver a

quedarnos solos.

—Quizás aburrida no, pero no interesante, sí.

—¿Y eso por qué? —fui a decirle que no tenía que hablar de eso, pero lo veía interesado en mi respuesta y eso llamó mi atención.

—Si conocieras mi historia, pensarías lo mismo —negué con la cabeza.

—¿Sabes, Susan? Como dices, conozco a mucho tipo de gente. Y llámalo sexto sentido, pero desde el principio me llamaste la atención.

—Es solo una cara bonita —dije malinterpretando sus palabras.

—Yo estoy viendo esa cara bonita sin maquillaje y con ojeras —siguió retándome—. Quizás ayer veía más una cara bonita que hoy, tal vez por eso me armé de valor para invitarte a tomar algo, pero si fueras poco interesante cómo crees, ten por seguro que no te habría invitado a desayunar hoy, a salir de nuevo, dilo como quieras.

—Oh...

—Y me llama la atención —siguió— que tengas esa visión de ti misma. Te aseguro que no es la que proyectas a los demás.

—¿Qué quieres decir? —pregunté intrigada.

—Fuerza, coraje, eso es lo que los demás, o al menos yo, distingo en ti. No esa inseguridad en la que te refugias.

—No me conoces —dije algo tensa, me había sentado mal el comentario. No me conocía de nada para juzgarme.

—No te estoy juzgando —dijo leyendo mis pensamientos—, es solo una observación. Ayer estuviste relajada, hoy te veo como tensa. Quizás no querías quedar y me dijiste que sí por no

molestarme, pero no quiero que te sientas obligada a... —ahora era él quien sonaba inseguro y no me sentí bien por haberlo llevado a eso, así que lo interrumpí.

—No, perdona —suspiré—, he tenido una mala noche y digamos que le doy demasiadas vueltas a las cosas. Claro que me apetecía estar aquí, contigo, si no ten por seguro que habría declinado tu oferta.

—Me alegra escuchar eso —dijo con una sonrisa torcida.

—A veces soy un poco idiota, no lo tomes en cuenta —bromeé.

—No lo haré mientras no vuelvas a llamarte idiota — me guiñó un ojo—. Creo que el tiempo que coincidamos en Dublín, lo voy a invertir en que dejes de ser tan negativa contigo misma —rio.

—Entonces no sabes la de trabajo que tienes —dije bromeando también, me estaba empezando a sentir a gusto con él, como el día anterior. Esa sensación tensa de inseguridad estaba desapareciendo.

El ambiente entre nosotros volvió a ser distendido, empezamos a bromear y conocí esa faceta de Lewis, era un hombre del que estaba segura tendría mucho por descubrir.

La mañana pasó rápidamente y decidimos almorzar juntos. Habíamos dejado de lado el tema personal de nuevo, en un pacto silencioso, entendiendo los dos que necesitábamos algo más de tiempo o confianza para poder considerarnos más que conocidos, amigos se les dice.

Así que nos centramos en el trabajo. En el suyo, no en el mío ya que este era inexistente. Y rehusé hablar de ello.

Pero la vida de Lewis era bastante interesante. Divorciado, sin hijos, dedicado a su trabajo, por el cual tenía que viajar con frecuencia.

Un alma libre parecía, y en parte envidiaba eso de él, como lo hacía de su seguridad. Aunque conmigo flaqueaba de vez en cuando y lo seguía notando algo nervioso. Tal vez eran imaginaciones

mías.

Después de almorzar, paseamos por la ciudad ya que aún no había comenzado a llover. Me encantaba pasar tiempo con Lewis, me entretenía su conversación. Sobre todo, cómo criticaba el mundo al que se dedicaba laboralmente.

El mundo editorial sería como todos, habría buenos y malos, pero Lewis parecía que solo quería mostrarme lo peor o bien para que echara a correr o para que riera como lo estuve haciendo todo el día.

Era por la tarde cuando me acompañó a casa, no había manera de que me dejara volver sola.

—Me gustaría volver a verte. Tengo algo que entregarte —dijo en la puerta.

—¿El qué? —pregunté intrigada.

—Es una sorpresa, no te diré mucho —sonrió.

—Mmmm... Pero soy una chica lista, y quiero ese libro ya —le saqué la lengua.

—¿Cómo sabes que es un libro? —rio.

—Editor... Una sorpresa... No hay que tener muchas luces para averiguarlo —reí.

—Touché —dijo poniendo una mano en el corazón—. Pero ese libro viene con sorpresa incluida, si la quieres claro.

—Por supuesto —dije emocionada.

—¿Te parece bien si nos vemos mañana para almorzar?

—Hecho —sonreí ampliamente.

—Te recojo aquí a las 12 entonces.

—Vale...

Nos quedamos mirándonos, yo nerviosa de nuevo. Fui a decir algo cuando él levantó su mano y acarició mi mejilla con delicadeza.

—Me encantas, Susan, solo quiero que lo sepas.

Acercó su cara a la mía y me dio un tierno beso en la mejilla, pausado, como disfrutando del momento. Y se marchó.

Y yo me quedé ahí, mirando la nada mientras me maldecía interiormente porque, por más que Lewis me gustara, Brad no había salido en ningún momento de mis pensamientos.

No, así no iba a poder empezar de cero, tenía que sacar a mi amor imposible de mi mente y de mi corazón a como diera lugar.

Y Lewis...

Oh, mierda, me iba a meter en otro lío, ¿verdad?

Capítulo 3

“Idiota, que eres idiota”, así me desperté al día siguiente cuando, después de otra noche en la que no pude dejar de pensar, me levanté de la cama y, lo primero que hice, fue golpearme el dedo pequeño del pie.

“Bonita manera de empezar el día”, refunfuñé mientras las lágrimas caían por mis mejillas. Pocas cosas dolían tanto como golpearte el dedo pequeño. A no ser que fuera quemarme la lengua con el café. Eso ya era para llorar a lágrima viva mientras pegaba saltos después de levantarme de la silla como un resorte, derramando todo el contenido de la taza, taza que cayó en mi pie herido, golpeando mi pobre dedo herido, quemando la piel a su paso.

Maldita fuera, pues sí que había comenzado bien el día.

Claro que eso me pasaba por idiota, no había otra explicación. O empezaba a dormir y a descansar en condiciones, o me veía con mi cuerpo vendado a partir de ese momento. Pero mi estado de nerviosismo no era normal, iba a acabar con más que con mi salud mental.

—Joder... — grité.

Me agaché y limpié todo cuando el dolor pasó, me metí en la ducha y me senté en el sofá cuando ya estaba vestida, decidida a no moverme hasta que llegara el momento en que Lewis apareciera. Capaz y echaba a arder la casa viendo cómo me había despertado.

Y así estuve una hora, comiéndome ya las uñas. Yo siempre me había comido las uñas, era de esas personas compulsivas que mordían y mordían hasta sangrar. Pero el dinero hacía milagro y mis uñas de gel enmascaraban el desastre que yo misma me hacía en mis dedos.

Hasta que te muerdes las uñas de gel, que mira que es difícil... Pues nada, lo hice, al final tuve que levantarme del sofá para quitármelas e intentar arreglarme mis manos lo mejor que pudiera.

Miedo me daba de tocar nada, capaz y me rebanaba un dedo. En fin...

Por suerte no pasó nada y pude darles a mis uñas un aspecto más o menos bueno, siempre dentro de lo malo que era normalmente, y todo eso manteniendo mis diez preciosos dedos intactos. Era todo un logro.

Y yo una exagerada, lo sé.

Moví las manos para que el esmalte de uñas se secara y en ese mismo momento sonó mi móvil. Era un mensaje de WhatsApp de Jess pidiéndome hablar por Skype. Urgente, decía.

Encendí el ordenador portátil y me conecté, ella me habló instantáneamente y acepté la video llamada.

—¿Estás bien? —fue lo primero que pregunté al ver su cara de cansada. Y demasiado seria. Eso, junto a la palabra urgente ya me había puesto más nerviosa de lo que estaba.

—Bendita la hora que te da por hablar conmigo. Que sepas que no te voy a perdonar en la vida —dijo enfadada.

—Lo siento, Jess. Necesitaba un tiempo para pensar, no quería remover algunas cosas, no es nada personal contigo.

—Lo sé, perdona —suspiró—, pero he estado muy preocupada por ti. No puedes desaparecer así y no decir nada.

—Estoy bien, ya lo ves —sonreí.

—¿De verdad lo estás, Susan?

—No —reconocí tras suspirar yo esa vez—, pero sí mucho mejor.

—¿Vas a decirme qué es lo que está pasando?

—Jess, yo... —no, no podía decirle nada.

—Mira, Susan, te considero una amiga y te quiero. Pero no por eso voy a darte la razón cuando no la tienes. No sé por qué estás haciendo esto, por qué desapareciste, espero que me lo cuentes tú, pero me parece que lo que sí estás es siendo un poco egoísta.

—¿Egoísta? —pregunté con la boca abierta— Te aseguro que eso es lo que menos estoy siendo.

—Sí, egoísta, aparte de que te ves horrible, seguro que no duermes bien.

—Gracias —dije irónicamente—. No tengo ganas o no estoy preparada aún para hablar sobre el motivo de mi viaje, Jess, respeta eso. Si es por eso que quieres hablar conmigo...

—No —me interrumpió—. Quizás no debería de decírtelo, pero creo que tienes que saberlo. Las cosas no están bien aquí.

—¿Qué ocurrió? —en ese momento pasaron por mi mente decenas de imágenes y todas, por desgracia, relacionadas con Brad.

—Es Brad...

Y con esas dos palabras, todos mis temores se hicieron realidad.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien? Por Dios, Jess, dime que está bien.

—No, no lo está. Pero lo está.

—Joder, ¡habla! —me estaba desquiciando.

—Desde que te fuiste está raro, pero eso es normal. Lo que me preocupa es que ha comenzado a beber. Y no sé si sabes que...

—Mierda, Jess, deja las intrigas. No estoy entendiendo nada.

—Cuando su hermano murió, Brad se refugió un tiempo en la bebida, le costó salir de ahí, pero lo hizo. El problema es que ha vuelto a hacerlo y me da miedo que esta vez no salga.

—¿Brad es alcohólico? —pregunté con la boca abierta.

—No como tal, pero puede serlo.

—Me da pena por él, pero créeme qué es mejor que no vuelva a saber de mí, hay algo muy gordo que terminaría de destruirlo.

—Quiero saber de qué se trata, por favor, déjame saberlo.

—Ahora no es buen momento, tengo que salir, hablamos.

—Vale. Llámame.

Lewis me recogió.

—Te noto extraña.

Levanté la mirada y observé sus ojos. Lewis y yo estábamos tomando un café. Cuando terminé de hablar con Jess, ya era la hora en la que había quedado con él, así que ni tiempo tuve a asimilar nada.

—Lo siento, malas noticias —dije intentando permanecer tranquila.

—¿Tu familia? —preguntó preocupado.

—Algo así.

—Lo siento...

—No, está bien. Prefiero no hablar sobre eso, si no te importa.

—Como quieras, pero puedes confiar en mí.

—Gracias. Entonces a ver, ¿dónde está mi regalo? —pregunté por cambiar el tema.

Lewis sonrió y sacó un paquete de una bolsa que traía todo el tiempo consigo.

—No tenías que haberlo envuelto —reí.

—Entonces no sería un regalo. Venga, ábrelo.

Lo hice como si fuera una niña pequeña y me seguí sonriendo al ver qué era.

—El mismo libro que compré —reí extrañada.

—No el mismo exactamente. Ábrelo.

Lo hice y leí la dedicatoria.

“Para alguien especial que espero conocer pronto. Alguien a quien admiro por hacer posible que Lewis vuelva a sonreír.

Nunca dejes de querer volar, Susan, nunca dejes de ser libre.”

Miré a Lewis con la boca abierta al ver quién firmaba el libro.

—Es un gran amigo, no me costó que lo hiciera.

—Gracias —sonreí ampliamente.

—Es un detalle tonto, pero espero que te guste.

—No es tonto, el autor me lo firma, me encanta. Y la dedicatoria... No sé qué decir.

—Ni yo, no la leí —rio.

Me reí con él, prefería que no la hubiera leído. Pero en esas pocas palabras, ya me había intrigado

saber a qué se refería su amigo el escritor con eso de “hacer posible que Lewis vuelva a reír”.

Apenas nos conocíamos y yo era bastante corta de mente, no entendía nada.

Pero lo averiguaría.

—Tienes una sonrisa preciosa —dijo de repente y mi risa se cortó, haciendo que me sonrojara—. Pero estás muy triste hoy.

—Lewis, yo no quiero molestarte con mis problemas.

—No lo haces —negó—, y yo tampoco quiero presionarte para que me cuentes nada que no quieras. Pero no me gusta verte así, me gustaría verte sonreír todo el tiempo.

—Fue mi hermano —suspiré—, le encanta joderme la vida.

—¿Tienes un hermano?

—Sí, James. Digamos que no tiene bastante con joder la suya que también tiene que destrozar la mía.

—¿Tan grave ha sido el asunto?

—Sí, tan grave como que me dejó sin ilusiones —suspiré.

—No, no digas eso. Jamás pierdas la ilusión.

—Hay cosas que están perdidas antes de empezar, Lewis.

—No hay nada perdido en la vida, incluso la batalla con la muerte se gana a veces.

—A veces, la muerte del alma es peor.

Yo no era así, yo no hablaba así, pero el dolor estaba demasiado presente y Lewis me daba la confianza para desahogarme, aunque fuera un poco, porque aún no quería o no estaba lista para contarle la historia al completo.

—Mi hijo murió —dijo con tristeza en la voz.

Levanté mi mano por encima de la mesa y agarré la suya, dándole un apretón.

—Lo siento...

—Al nacer, nació enfermo y no pudieron salvarlo. Mi ex mujer no pudo soportarlo, no fue capaz de salir y perdió la cordura. No fue fácil, pero tuve que seguir adelante.

—Lo siento, Lewis y te admiro.

—No lo hagas, cualquiera lo haría. Lo que quiero que entiendas es que los palos en la vida son gordos, pero hay que seguir mientras sigamos vivos. Quizás yo nunca tenga la posibilidad de volver a ser padre, pero si algún día ocurre, será el niño más feliz del mundo.

Me levanté y lo abracé, llorando ambos por lo que acababa de contar.

Lewis tenía razón, por más rotos que estuviéramos, teníamos que seguir adelante y luchar, de nada servía lamentarse, eso solo hacía daño.

Estuvimos un tiempo abrazados y algo más en la cafetería. Cuando me despedí de él, en la puerta de mi casa, lo hice sintiéndome diferente y humilde.

Había gente que había sufrido lo indecible, como Lewis, como Matt, habían perdido a seres queridos y seguían adelante, con fuerza.

Y yo...

Yo era aún lo bastante idiota para lamentarme sin luchar. Ya no por Brad, porque tenía claro que lo nuestra era imposible. Pero sí por seguir viviendo, intentando tener una vida, algo que me llenara.

Lewis acercó sus labios a los míos y me dio un dulce beso antes de marcharse, no supe reaccionar.

Pero sonreí, sonreí por la lección de humildad que me había dado. Y, sobre todo, porque sin saberlo, me había ayudado a querer luchar por tener una vida.

Al día siguiente volvimos a quedar para comer, venía de hacer todo su recorrido y visitas de la editorial, su sonrisa era de lo más valiente, cuando su alma estaba destrozada.

Pasamos el día comiendo y paseando, me contaba de su vida, yo le hablaba de la mía, pero nunca le desvelé lo que me había sucedido con Brad y la maldita coincidencia del destino.

Volvió a despedirse de mí con un beso en los labios. Me entró un cosquilleo enorme por el estómago, me parecía curioso, pero, aunque lo intentara evitar, volvía la imagen de Brad a mi cabeza, ese hombre por el que hubiera renunciado a todo para ser feliz a su lado.

Al día siguiente me recogió por la tarde, era su último día en Dublín, había estado toda la mañana trabajando, me invitó a cenar y me quedé impactada con lo que me dijo.

—Me voy, pero quiero que sepas, que en breve vuelvo a estar contigo.

—No sé qué decir...

—No digas nada, deja que todo fluya, déjame al menos intentar que algo sea posible, déjame luchar por algo que deseo — me miraba con los ojos brillosos.

—Está bien, pero tengo miedo, vengo de pasarlo muy mal con otra persona, no porque fuese malo conmigo, sino porque el destino se encaprichó de separarnos.

—El tiempo lo cura todo...

—Eso espero — dije con tono triste.

—Voy a hacer unos temas rápido, dejaré todo listo y me cogeré unas vacaciones, quiero estar una temporada cerca de ti.

—¿Solo una temporada? — sonreí al preguntarlo

—Todo el tiempo que me dejes estar a tu lado...

Nos despedimos después de mucha ñoñería, esa que nos salía a los dos estando juntos, me besó de nuevo, pero esta vez duró más, fue más intenso, me erizó toda la piel...

Capítulo 4

Me levanté aturdida aquel día, había pasado una semana desde que Lewis se fue, lo mejor de todo que llegaba en breve, iba a pasar unos días para estar conmigo.

Me acerqué a ver al doctor de la clínica privada, me pasaron directa a la sala de espera y minutos después me recibió, quiso inmediatamente hacerme unas pruebas, ya que quería saber de dónde provenía ese cansancio y mareos que tenía, jamás me imagine de lo que se trataba, estaba embarazada, sí de Brad, de aquel hombre que se convirtió en un amor fuerte y doloroso, de aquel que nunca podría decirle que iba a ser padre del sobrino del asesino de su hermano...

Lewis ya no estaba conmigo. Miraba por la ventana y la lluvia volvía a caer como si aquella cortina de agua fuese una forma de manifestar la tristeza que yo sentía en mi interior. Quizá no era la marcha de aquel hombre, la fuga de aquellos encuentros misteriosos donde creí ver en aquellas conversaciones y en esos besos una forma de iniciar mi vida. Estaba destrozada.

Estaba destruida. Una vida crecía en mi interior. Un hijo de Brad, un hijo mío también. La nostalgia, la pérdida, la ausencia... causan un dolor tan grande.

Nunca había conocido el dolor, la ansiedad y la pena tan profunda que se produce cuando has perdido algo. Yo sentía que había perdido el honor, la dignidad y la fe en mi misma. Brad, Dublín, Manhattan, Jess, James. Mi vida estaba llena de nombres propios que de alguna manera había perdido de alguna forma. ¿Qué iba a hacer yo ahora con aquel embarazo? Nadie duda de que fue fruto de esa pasión que se desataba cuando Brad y yo nos quedábamos a solas.

Pero yo había huido porque no quería enfrentarme a la verdad de James. Había huido porque la verdad de mi vida era que mi hermano había matado al de Brad. Un hijo era ahora el regalo que la

vida me entregaba para agradecerme... ¿Qué? ¿Qué significaba aquel hijo? Me duele tanto decirlo. Aquel bebé era un regalo envenenado.

La única ilusión que aliviaba mi sufrimiento en aquellos instantes era que Lewis me había prometido que iba a volver y eso alegraba tímidamente mi estado, mientras el cielo gris cubría la ciudad. Pero estaba siendo una estúpida. ¿Qué iba a pensar Lewis cuando supiera todo?

No podía hacerme ninguna ilusión. Estaba condenada e iba a condenarlo a él. ¿Debía huir ahora de Dublín? No había lugar en el mundo en el que pudiera esconderme. La condena iba conmigo y no era mi hijo. Era yo. Y también era lo que había hecho James.

La soledad volvía a sumirme en ese castigo que yo misma me imponía. Pero, si Lewis iba a volver, todo cambiaría de nuevo, me repetía para creer que ese engaño podía parecer verdadero. Con qué facilidad un hombre o una mujer se agarran a la esperanza sabiendo, en el fondo, que solamente la certeza puede decirnos la verdad. No había nada que hacer al lado de Lewis ahora que yo estaba embarazada.

Intenté tranquilizarme y me reí de la situación diciéndome a mí misma: los ricos también sufren. No me tomé café. Volvieron las ganas de vomitar aquella mañana y volverían otras tantas. No solo era el embarazo.

Quizá aquellas arcadas no eran más que la consecuencia de la ansiedad que había acumulada a lo largo de las últimas semanas. El estrés y el nerviosismo al que había sometido mi cuerpo sin duda habían desembocado en esos mareos que me obligaban a que me recostara en el sofá.

Mientras caía en un sopor profundo, tratando de relajarme para que aquella angustia física desapareciera, comencé a recordar. El sonido de la lluvia no ayudaba. La lluvia invita siempre a la reflexión y a la nostalgia. Algo pasaba en mi cabecita de pájaro que no me dejaba pensar en el futuro.

Lewis era una ilusión ciertamente. Pero, allí, tendida en el sofá, mirando en el techo, los pensamientos se tornaron sombríos y tristes. Era James y Brad.

Eran aquellos dos hombres enfrentados los que me producían quizá esa sensación de vértigo. Uno era mi hermano y el otro era el hombre que había cambiado mi vida, del que me había enamorado una vez. Pero ahora necesitaba huir de ellos, ahora necesitaba reconciliarme conmigo misma.

La mujer altiva, posesiva y déspota que había sido en el pasado debía hacer las paces con esa nueva mujer en que me estaba convirtiendo, una mujer serena, terrenal y un poco más humilde.

Pero tampoco era posible esa reconciliación, porque mi propia vida se había rebelado contra mí. Y

mi destino era parecer y vivir en la mayor de las soledades.

Estaba destrozada. Tenía ganas de quitarme la vida. Sé que lo que estoy escribiendo puede parecer muy duro, pero me daba cuenta ahora de que la vida no me lo estaba poniendo nada fácil. Parecía que el destino no me perdonara que yo hubiese sido una mujer tan superficial, tan malvada, una mujer que solo pensaba en llenar los armarios de ropa y de zapatos caros.

¿Cómo se puede asumir algo así? ¿Cómo se puede asumir que yo llevara en mis entrañas un hijo de Brad? Por la sangre de esa criatura, corría la sangre, el ADN, del asesino de su hermano. Era la mayor de las putas. Desde el sofá, observaba la lluvia y sentía que la lluvia no provenía de fuera, sino de mi interior.

¿Qué podía hacer en aquel momento? ¿Qué podía hacer alguien como yo en mi lugar? No tenía escapatoria. ¿Qué pensaría Lewis? ¿Y si llegaba a enterarse Brad? Estaba en un puto laberinto, estaba en una maldita encrucijada. Nadie podía salvarme. En mi vientre estaba creciendo un niño que no tenía la culpa de nada de lo que había sucedido afuera, en ese mundo malvado y vil del que yo formaba parte.

Más valía morirme. Pero esa clase de pensamientos ya no servían, porque yo debía contar con aquella semilla que estaba alojada en mi vientre. Iba a tener un bebé. Y mi vida no era una vida mía o para mí. Mi vida la compartía con otro ser. Cualquier acto de violencia que quisiera ejercer sobre mí para desaparecer era un despropósito. No tenía ningún derecho porque ya no estaba sola, aunque me sintiera sola.

Ya no podía tomar decisiones por mí misma. Si las tomaba, ya no solo me afectaban a mí, sino a mi hijo. Qué duro se me hacía decir eso y qué hermoso al mismo tiempo.

No quería salir a la calle. No quería cruzarme con nadie, por muy desconocida que fuese todavía en la ciudad. Era una mujer solitaria, extraña, maldita, que quería permanecer en su urna de cristal, ajena a cualquier cambio que sucediese allí fuera.

¿Por qué? ¿Por qué yo? Esas eran todas las preguntas que yo me hacía, que mi cabeza se hacía una y otra vez. ¿Qué demonios le iba a decir a Lewis? Aquella nueva ilusión me la había cargado de un plumazo. ¿Debería saber algo Brad? Tampoco sabía qué contestar.

Mis ojos se perdían en el fondo de agua, en la monótona precipitación. La soledad era esto; contemplar la lluvia, sabiendo que algo tan hermoso como tener un hijo no podía ser compartido por las personas que amaba o que alguna vez había querido.

Me obsesionaba que, por las venas de mi hijo iba a correr la sangre de James, el ser que más odiaba Brad. En mi hijo, se fundían mi sangre, pero también la sangre de aquel que había matado con su coche al hermano de Brad.

En aquel instante, no podía imaginarme que la vida podía ser tan dura.

Capítulo 5

No tenía ilusión. En los momentos que yo creía estar alegre, esa alegría se esfumaba rápidamente, porque tenía claro que Lewis no era el futuro, porque, cuando lo viera y le contara lo que había pasado iba a desaparecer de mi vida sin mediar una sola palabra.

Había aspirado a demasiado en esta vida, pensaba en ese instante, y volvía a repetirme una y otra vez que yo me lo tenía bien merecido. Pero un hijo no es un castigo, un hijo no es una condena ni un lastre. Esa idea no podía estar en mi cabeza. Mi hijo era para mí y no importaba ahora si Brad era el padre. O sí importaba. Pero sé que aquel hombre no querría saber nada de mí ni de mi sufrimiento, ni de ese destierro que estaba llevando a cabo en Dublín.

Faltaban menos de veinticuatro horas para que Lewis volviera. Estaba nerviosa. Le había dado mil vueltas en la cabeza a cada una de las frases que iba a decirle. Pero sabía que no iba a servir de nada, que aquello no iba a servir para otra cosa que no fuese que él me rechazara y se olvidara de mí. Aquella mañana me refugié en casa nuevamente. Me había levantado sin excesivos mareos, aunque la sensación de angustia seguía en mí. Volví a abrir uno de mis libros de aves. Claramente elegí el

ensayo de Trevor Jones y elegí una hoja al azar y comencé a leer. Necesitaba olvidarme del mundo, de todos los problemas y de mí misma:

“Durante más de dos mil años, el hombre se ha preguntado por qué algunas aves están todo el año en el mismo sitio, mientras otras desaparecen, al final del verano o principios del otoño, y vuelven a aparecer en la primavera.

Las aves migratorias realizan viajes fenomenales, por ejemplo, la gaviota del Ártico realiza un viaje de 36.000 Km. La cigüeña blanca europea viaja a África, recorriendo 20.000 Km. Otras aves como el Chambergo, que viaja desde el norte de EE. UU y Canadá hasta el norte de Argentina llega a recorrer 16.000 Km”.

Me fascinaban aquellas cifras sobre kilómetros recorridos y, por momentos, imaginaba lo que tenía que sentirse al saber que puedes volar como una de aquellas aves. Lo imaginaba y, de repente, mi cuerpo flotaba. De nuevo se producía en mí aquella sensación de elevarme por encima del mundo cuando leía sobre las aves y, aunque sabía que nunca sería capaz de hacer algo así, soñaba con hacerlo en otra vida y en otro mundo.

El dolor no tiene límites, pero, por suerte, tampoco los tiene la imaginación. Y yo quería imaginar que no había límites, que no estaba atada a nada ni a nadie, pero todos lo estamos desgraciadamente.

A los pocos minutos, cerré el libro. Volví a mi ventana. Habían desaparecido las arcadas. Me preparé un té. Me daba miedo tomar algo sólido porque quizá me podían entrar nuevamente ganas de vomitar. Sin embargo, me atreví. No iba a morirme de hambre.

Además, desde que me dijeron que estaba embarazada, no os vais a creer qué me sucedió. Susan se había convertido en dos mujeres completamente distintas. Por un lado, estaba la Susan que debía afrontar los problemas con los que se había encontrado o los que ella se había buscado, pero luego había empezado a germinar una Susan que miraba a su propio cuerpo, no con desprecio, como debía haberlo hecho, porque mi cuerpo era yo, con sus desgracias y desaciertos. Pero no ocurría así. La otra Susan miraba su cuerpo con ternura, como si fuese un objeto delicado al que hay que cuidar. Estaba claro que no había otra razón que el hecho de que en mí estaba creciendo un bebé.

Pasé la mañana de un lado para otro de la casa. Después de tomar una tostada, decidí salir a caminar. Quería darme una vuelta por Dublín, visitar algunas tiendas. Seguramente me acercaría de nuevo a la librería para hojear algunos títulos. ¿Quién me iba a decir a mí hace unos años que Susan McRay se iba a entretener mirando libros? Es cierto que lo había hecho con los trabajos y álbumes de aves.

Me puse ropa cómoda y me maquillé un poco. Pese a todo lo que se me había venido encima, quise transformar aquel rostro pálido y triste, así que me puse un poco de color.

Al salir, noté un soplo de aire fresco que agradecí. Sentía que estaba viva, sentía que, pese a la desgracia, a veces hay que agradecer que podamos contarlo, que podamos seguir adelante y que, aunque no nos quede ninguna esperanza, ya es suficiente con que el sol nos embargue con su luz.

Nunca me ha gustado la poesía y mucho menos ponerme poética, pero a veces es necesario para describir lo que uno siente. Vivía en la contradicción. Mi pesimismo se fundía con una tímida alegría que no era otra cosa que el hecho de sentirme importante por algo como que iba a ser madre en unos meses.

Sé que Lewis se marcharía. Sé que Brad nunca sabría nada de todo esto. Por mucho que me dolieran esas dos cosas, posiblemente tener a mi hijo haría que mirase al futuro con otras sensaciones. Es cierto que, cuando me enteré de la noticia, me dieron ganas de quitarme la vida, pero ahora nada de eso iba a suceder. El dolor, como la imaginación, sería un nuevo aliado en mi existencia.

En la librería encontré algún que otro libro sobre animales. Los compré y luego me fui a un centro comercial que estaba cerca de O'Connell Street. Allí comí una ensalada y un pescado a la plancha en un restaurante coqueto que tenía una decoración de los años veinte.

Después compré algunos productos para mi higiene personal que me hacían falta. Al volver a casa, noté que ese sol que me había embargado unas horas antes, se extinguía. Una incipiente oscuridad ahora ensombrecía las fachadas y los pórticos de algunas casas antiguas. Comenzaban a encenderse hileras de farolas y yo llegaba a mi apartamento.

Me dolían los pies, pero me había venido muy bien caminar, perderme, encontrar gente a mi alrededor, sentir que formaba parte del mundo.

Me tumbé en el sofá y puse la televisión. No quería volver a las mismas pesadillas una y otra vez, como eran Brad y James, o esa serie de explicaciones que debería darle a Lewis cuando mañana me encontrase con él.

El nerviosismo por ese reencuentro desaparecía cuando pensaba en mi bebé. Un orgullo que nada tiene que ver con lo material se apoderaba de mí y entonces encontraba ese alivio momentáneo y esa necesidad de seguir adelante pese a los contratiempos.

De repente, cuando estaba a punto de cerrar los ojos, mi móvil sonó. No quería cogerlo y no andaba desacertada. No tenía que haberlo cogido. Era la voz de Marlene. Temblaba entre sollozos.

Me dio una alegría inmensa saber que era ella, pero me encogió el corazón cuando me di cuenta de que, por el tono de su voz, algo terrible había sucedido. Marlene, Marlene... qué injusta había sido también con esta mujer. ¿Cómo me había marchado de Manhattan de esa forma? ¿Cómo la necesitaba? ¿Qué habría sucedido para que llamara?

—Señorita Susan, no sé cómo decírselo.

—Marlene, qué diablos pasa, cálmate.

—Ha sucedido algo terrible, Dios mío.

En aquel momento, por su forma de hablarme y por su tono, supe que James era el motivo, que lo que yo temía desde hacía mucho tiempo, al final, se había hecho realidad. Mi hermano estaba muerto, pensé.

Pero me equivoqué. No era James la causa de aquella llamada desesperada.

—Susan, perdona si te llamo. No me queda más remedio que hacerlo.

—No tienes que pedir disculpas de nada. ¿Qué sucede?

—No puedo, no puedo... — sollozaba sin parar mientras yo me iba poniendo cada vez más nerviosa.

—Me va a dar un infarto. Tranquilízate primero y habla después.

—Sus padres, Susan.

—¿Qué pasa con mis padres?

—Han fallecido.

Aquella frase sonó a sentencia. No sabía qué contestar. No sentí pena, no sentí nada y eso era terrible. No sentí nada porque seguramente no me lo creía. No había asumido la noticia.

—¿Qué tratas de decirme, Marlene?

—Sus padres han muerto esta mañana — su tono era desgarrador.

—No puede ser. Pero, ¿qué ha sucedido? — dije yo con un tono neutro.

—Un accidente de coche. Salían de casa. Al parecer el chófer iba bebido y...

—¿Dónde está James? — pregunté enseguida.

—Ha sido él el que me ha pedido que la llamara. Pero no lo he visto en todo el día. Lo único que me ha pedido es que quiere enterrarlos cuanto antes. Lo siento, Susan. Estoy destrozada.

—Cálmate. Cálmate, por favor. Voy a coger un vuelo mañana mismo, si hace falta, para estar allí.

Yo no sentía tristeza. Estaba completamente vacía. Si hubiera sido James la víctima, me habría afectado, pero no era el caso. Eran mis padres o aquellos seres que decían ser mis padres. No iba a soltar una lágrima por ellos, por lo menos, por ahora.

—Marlene, te repito: cálmate, ¿me oyes? Pronto estaré allí contigo.

—Por favor, señorita Susan, no puede abandonarlos en este momento. Sé que no fueron los mejores padres del mundo, pero no se le ocurra desaparecer. Son sus padres...

—Lo sé, Marlene. Es que todavía no he encajado el golpe.

La pobre Marlene tuvo que notar mi frialdad al hablar. Tuvo que notar que mi actitud no era la de una mujer abatida y hundida por aquella noticia.

—Trataré de llegar lo antes posible. No te muevas de allí, por favor.

—Eso haré, señorita.

Colgué sin decirle adiós. Mis padres habían muerto en un accidente de tráfico. Sería noticia nacional. Los periódicos y canales de televisión estarían encima de aquella tragedia a la que se añadía el morbo de un chófer borracho. Mi madre me había dado la vida, pero había seguido las órdenes de mi padre y, como él, nos había apartado de su lado.

¿Qué podía decir de mi padre en aquel instante? Que lo había perdido todo, porque todo era la vida. Y aquel magnate, que se creía el rey del mundo, había muerto en un accidente de tráfico como otro de los miles de mortales que mueren cada día en una carretera secundaria o en una autopista. Era la indiferencia en lo que se había convertido mi rencor. Era la indiferencia hacia ellos y hacia su muerte en lo que se había convertido mi odio.

Quería ser una mujer distinta, pero, tristemente, aquella noticia me había recordado que yo había sido una joven malcriada que veía en sus padres aquellos referentes a los que nunca debía aspirar. Me levanté del sofá. La noche había sumergido a Dublín en una oscuridad profunda. Comenzaba de nuevo a llover. Lewis venía mañana. Mis padres habían muerto al otro lado del océano, dentro de un coche. Y yo había perdido a Brad.

¿Qué me ataba a este mundo? Nada. No. “No” es la respuesta. Me ataba mi hijo y la esperanza todavía de que los dos algún día fuésemos pájaros.

¿Qué era la felicidad?

Estaba harta de las palabras. La gente pone nombres a todo y mi situación no podía ser catalogada con ningún nombre.

No era feliz porque mi felicidad se había truncado cuando me alejé de Brad. ¿Qué significaba Lewis? Lewis era el cariño y la conformidad. Yo, Susan McRay, estaba haciendo algo odioso. Estaba aprendiendo a conformarme y Lewis podía ser la víctima, por desgracia.

Mi hijo podía ser, sin embargo, lo que más se acercara a la felicidad, pero tampoco era eso. Mi hijo era la verdadera oportunidad de salir a flote, de encontrar la luz al final del túnel. La oscuridad, mi oscuridad, era el pasado, un temible pasado donde muerte, recelo y exceso habían gobernado mi corazón. Pero, ¿tenía yo corazón?

Por eso, digo que estaba harta de las palabras. Confianza, lealtad, amor, afecto, cariño y deseo se desvanecían ante mí. Eran palabras que yo no sabía identificar con nada, con nada, insisto.

Porque mi vida, en pocos meses, era un aluvión de sentimientos diversos y confusos. No había estabilidad en mi forma de sentir y de actuar. Lewis era el presente, pero no sabía cuánto iba a durar.

Mi verdad no era su verdad. Mi verdad era mi hijo, educarlo como no habían hecho mis padres con James y conmigo. Eso era mi verdad y mi angustia. Me miraba delante del espejo y volvía a ver esa sombra que no era un cuerpo feliz, un cuerpo que fluyera hacia la victoria, hacia la luz. No. Mi cuerpo era el cuerpo de una madre y, aunque ese hecho podía parecer un milagro, el miedo a no saber lo que me aguardaba junto a mi bebé, la incertidumbre de no conocer qué nos depararía el futuro, por ejemplo, acababan con esa ilusión que toda madre siente al saber que va a serlo.

Nunca creí en el destino como una fuerza que pudiera manejar nuestras vidas a su antojo. Nunca. Pero ahora parecía que mi vida y la de mi hijo estaban siendo escritas por una mano invisible.

No podía controlar nada de lo que estaba pasando. Me daba cuenta de nuevo de que el dinero no puede contra ese destino que ahora insistía en que yo aprendiese a la fuerza, con voluntad y desesperación, sin saber todavía en qué consistía verdaderamente amar.

Capítulo 7

No había podido dormir esa noche, como tantas otras. Pero la noticia de la muerte de mis padres había sido demasiado para mí. Con buena o mala relación, eran mis padres y los quería, no merecían un final así.

Me había terminado el café y estaba encendiendo el ordenador portátil cuando sonó el timbre. Extrañada, me levanté. No tenía conocidos allí y era muy temprano para que Lewis hubiera llegado.

—Hola, preciosa. ¿Otra vez con ojeras?

Sonreí al verlo, si es que a eso se le podía llamar sonrisa.

—Te esperaba más tarde —dije tras cerrar la puerta cuando entró.

—Pues ya estoy aquí, y por lo que veo, voy a tener que obligarte a comer, estás más delgada.

Bufé, cómo no iba a estarlo si mi vida era un desastre.

—¿Quieres tomar algo? ¿Desayunaste?

—Arréglate y salimos a desayunar fuera, necesitas salir.

—No —me senté en el sofá, derrotada, él tomó asiento después de mí—, tengo que hacer las maletas, Lewis.

No me preguntó nada, solo me miró con las cejas enarcadas, curioso.

—Mis padres han tenido un accidente de... — cogí aire— ... de coche y fallecieron. Los entierran mañana y yo...

Rompí a llorar, desconsolada, Lewis seguía sin decir nada, solo me abrazó, cobijándome entre sus brazos.

Me quedé ahí, aferrada a él como a una balsa en medio de un océano pantanoso. Como un salvavidas. Necesitaba tanto desahogarme, soltar todo el miedo que llevaba dentro, el sufrimiento...

Tenía las emociones a flor de piel, tanto por la muerte de mis padres como por mi bebé.

—Tranquila, no estás sola —dijo tras besarme la cabeza varias veces, con sus manos acariciaba mi espalda.

—Mis padres... Yo... — no sabía qué decir, solo necesitaba llorar.

Estuve así, abrazada a él, largo rato. Cuando las lágrimas dejaron de caer y levanté la cara para mirarlo, vi cómo me observaba, cariñoso.

—Puedo pedir unos días, lo que sea necesario, pero no voy a dejar que pases por esto sola.

—No, no puedes hacer eso, Lewis, no es tu problema.

—Pero es el tuyo, estás rota, no voy a dejarte sola en un momento así. Sabes que me tienes a tu lado.

Sus palabras eran como un bálsamo, pero no podía permitir que hiciera nada de eso, que modificara sus planes por acompañarme al entierro de mis padres.

—Ve buscando vuelos para hoy mismo si es lo que quieres, para los dos —insistió— que yo mientras voy a prepararte el desayuno. No se vive solo de café —dijo a modo de riña al ver mi taza vacía en la mesa. Y no admito un no —advirtió.

Él podía decir lo que quisiera, yo no iba a permitir que se viniera conmigo, yo iba a irme sola. Busqué la web de la aerolínea, dispuesta a comprar un solo billete.

—Venga, ahora seguimos con eso, además tengo que darte mis datos. Ahora a desayunar —dijo tras poner la bandeja en la mesa, frente a mí.

Un segundo, eso fue lo que duré cuando el olor a mermelada inundó mis fosas nasales. De fresa, nada menos. Mi favorita.

Hasta ese día...

Me levanté como un resorte, no iba a llegar a tiempo al baño. Pero lo hice, me puse de rodillas y volqué todo el contenido de mi estómago, el café. Lewis se arrodilló a mi lado y me sujetó el pelo, era bochornoso, pero en ese momento solo quería sentirme mejor.

Me ayudó a incorporarme y mojó una toallita de mano con agua, la pasó por mis labios con delicadeza.

—Dios, lo siento —dije apenada.

—No tienes que sentir nada.

—No tenías que haber visto eso —me separé de él y cogí mi cepillo de dientes y la pasta—. Perdón.

—Deja de decir tonterías, eso es lo que menos me importa. ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza mientras cepillaba mis dientes.

—Debes descansar, así no vas a poder viajar —dijo cuando volvimos al sofá.

—No es lo que crees, no estoy enferma.

—No, claro que no —dijo con ironía—, estás vomitando por amor al arte.

—¿Lewis?

—¿Sí?

—Por favor, quita eso de mi vista.

Señalé la mermelada y él la miró. Volvió a mirarme a mí con una pregunta en tus ojos.

—Por favor —insistí, gimiendo.

Cuando volvió de dejarla en la cocina, noté cómo esperaba una explicación.

—Estoy embarazada.

Así, sin paños calientes. ¿Para qué?

—Estás embarazada...

—Sí.

—¿De cuánto?

—Poco.

—¿Y el padre?

—No quiero hablar de eso.

—Entiendo...

Y de verdad sabía que entendía.

—Pero es el padre —insistió—, tendrás que decírselo.

—No, es mi hijo, yo no puedo decirle nada.

—No sé por qué, Susan, pero él merece...

—Mira, Lewis. Yo no estoy preparada para afrontar algunas cosas, ni siquiera para hablarte a ti o a cualquiera de ellas. Por favor.

—Ey, espera —cogió mis manos y las apretó—. Yo respeto tus decisiones y siempre te apoyaré, y esperaré a que estés preparada para contarme, si es que algún día quieres contarme. Además, eso no importa ahora, ¿cómo te sientes tú?

—Con miedo. ¿Qué demonios sé yo de criar a un niño?

—Lo que cualquiera —sonrió.

—Yo no estoy preparada para ser madre, no sabré hacerlo.

—Nadie lo sabe, pero irás aprendiendo con el tiempo.

—Imagino... Y los de mis padres y esto y... Joder, voy a acabar loca.

—No, eres fuerte, más de lo que piensas. Y vas a ser una gran madre.

- Gracias —sonreí con tristeza.

—Y yo estoy aquí —dijo emocionado.

—¿Qué? — no lo había entendido.

—Vas a ser madre, permíteme estar a tu lado.

—A mi lado... —no estaría proponiendo lo que yo creía, ¿verdad?

—Quiero estar ahí, Susan, para ti y para el bebé. Quiero permanecer a tu lado, que no os falte de nada. No voy a presionarte, no voy a hacer nada que pueda herirte, pero si antes quería permanecer contigo, ahora aún más.

No quiero que estés sola, ni tú ni ese bebé. Déjame estar con vosotros.

—No, Lewis, tú no puedes...

—Yo quiero —afirmó—. Quiero estar contigo y quiero estar con él.

—Sería egoísta por mi parte.

—También por la mía, ¿no crees? No puedes pretender que te deje sola en todo esto, no puedo ni quiero.

—Tú tienes una vida...

- Mira, hagamos algo. Vamos a coger ese vuelo, vamos al entierro de tus padres, voy a acompañarte quieras o no. Ya hablaremos de lo que te asusta más adelante. Pero por favor, permíteme estar contigo, permíteme estar con tu bebé.

Sabía que debía decirle que no, no era justo ni para él, ni para mí. Ni para el niño. Pero también tenía mi lado egoísta, ese que necesitaba a Lewis para poder con todo lo que estaba a punto de llegar. Era ese hombro en el que poder cobijarme, en quien podría confiar.

—No debería aceptar esto —insistí.

—Coge el vuelo —dijo en su lugar.

Y lo hice.

Y ese mismo día, salíamos rumbo a Manhattan.

Capítulo 8

No importaba nada. Me sentía una mierda. Estaba en el avión junto a Lewis. Era un hombre noble y generoso, nada que ver conmigo. No importaba nada. Me estaba dando cuenta que, al ocultarle la información a Lewis, al dejar que me acompañara, estaba siendo de nuevo esa mujer hipócrita que tanto había detestado desde que me encontraba en Dublín.

Tenía la sensación de ser otra vez esa Susan que solo pensaba en sí misma, que no tenía otra preocupación en su vida que apostar fuerte por demostrar que era una mujer que estaba por encima del bien y del mal, y que el resto de los hombres no importaban nada de nada.

Mientras volábamos hacia Nueva York, Lewis y yo tuvimos mucho tiempo para hablar. Aquel hombre no era estúpido y sabía que yo no le había contado toda la verdad.

—Gracias por dejar que te acompañara — dijo él con voz amable.

—No seas tonto, Lewis. Yo soy quien debe darte las gracias.

—Te doy las gracias, Susan, por dejar que entre en tu vida en estos momentos tan duros.

—No sé qué responderte. Me había hecho a la idea de que esto iba a suceder algún día, pero no de una forma tan rápida y de este modo.

—La muerte es impredecible. Por esa razón, debemos aprovechar cada día como si fuese el último. Es lo que siempre me he propuesto.

—Es una buena filosofía de vida y es cierto que pensamos que a veces somos eternos. Y no lo somos.

—No aprovechamos las oportunidades que nos da la vida para ser felices. Y tú, Susan, eres ahora una oportunidad que no debo dejar pasar.

—Lo sé y me sonroja escuchar eso. Hace unos años pensaba solamente en mí y en vivir de forma alocada. Poco a poco, he ido abriendo los ojos, Lewis, y tengo otra actitud ante la vida.

—Eso no es malo. ¿Cómo te sientes ahora mismo, Susan?

No respondí. Sé que él esperaba que yo le contestase apenas sobre lo mal que me sentía al saber que la razón de mi viaje a Estados Unidos no era otra cosa que acudir al entierro de mis padres.

No podía fingir que, en mi corazón, no había tristeza, sino una especie de miedo a enfrentarme cara a

cara con la muerte de ellos. Por eso, preferí callarme. Las personas a las que tanto había odiado habían desaparecido de mi vida y el hecho de saber que nunca les dije que, en algún momento, estuvieron a punto de hacerme feliz, me dolía. Me dolía porque era mentira, entre otras cosas, porque, según fui creciendo, me fui dando cuenta de que aquellos padres no eran sino unos fantasmas de lo que debían haber sido unos auténticos progenitores, preocupados por la educación y el cariño de sus hijos.

El trabajo de mi padre lo excluyó de nuestro afecto y el hecho de que mi madre se volviese una mujer acomodada hizo que sus hijos pasaran a ser un mero entretenimiento, perrillos falderos que corretean por la campiña sin otra preocupación que comer y dormir.

Era terrible, para cualquier persona que me viera desde fuera, saber que yo iba a acudir al entierro de mis padres sin el hondo dolor que supone la ausencia de tus seres más queridos.

No sé cómo Lewis interpretaba mis silencios ante algunas preguntas relacionadas con mi intimidad. Pero yo era así. A veces, sin que yo lo pretendiera, salía la Susan de hace años, desafiante, chulesca, a la que le importaba una mierda lo que pensarán los otros.

Y Lewis era un encanto, pero no podía juzgarme, no podía ni debía opinar sobre mis sentimientos hacia mis padres, mejor dicho, sobre mi ausencia de sentimientos.

No pude dar ni una sola cabezada en el vuelo. Mi acompañante sí lo hizo y comprobé en su rostro relajado la belleza natural de un hombre maduro y sereno, agudo en sus comentarios, que trataba de ser amable y generoso conmigo. Yo no podía estar a su altura, pero eso solo lo diría el futuro y la evolución de los acontecimientos.

Estaba agotada, pero, al llegar a mi apartamento, noté que yo revivía. Aquella era mi casa. Lewis estaba emocionado al ver el estilo de vida que había tenido fuera de Dublín. Lo que me hizo revivir de verdad fue mi encuentro con Marlene.

— Señorita, Susan. Siento verla de nuevo en esta situación. No sé si alegrarme o llorar.

—Marlene, no sabes cuánto te aprecio y cuánto te he echado de menos. Gracias siempre por estar a mi lado en los peores momentos.

—Ha sido terrible. No sé qué puedo decirle, señorita.

—Mis sentimientos, ya lo sabes, son encontrados. Pero tenía que venir.

Lewis permanecía detrás. Miraba y escuchaba con prudencia. Los presenté y sentí que Marlene me miraba con cierta picardía.

—Tiene usted mucha suerte, señorito.

—Por favor, Marlene, tutéame.

—No es tan fácil para mí tutear — dijo ella esbozando una sonrisa.

—¿A qué te refieres con que tengo mucha suerte?

—Me refiero a que acompaña usted a una señorita que es un tesoro.

—Lo sé, Marlene. Me di cuenta el primer día.

Le pedí a Lewis que se pusiera cómodo y que se sirviera una copa. Debía estar agotado del viaje. Yo aproveché para ir a mi cuarto y sacar la ropa de las maletas, algo que solía hacer Marlene. Pero aquello tan solo fue la excusa para que las dos nos quedáramos a solas a hablar de todo lo que había acontecido durante todo este tiempo, si bien el entierro tendría lugar en pocas horas.

—Siento volver a verla, señorita, en estas terribles circunstancias.

—No puedo engañarte, Marlene. Sabes que la muerte de mis padres no me ha afectado como debería haberlo hecho.

—No diga eso en este momento. Ha sido un golpe duro. Lo que sucede es que no ha podido asumirlo.

—No tengo que asumir nada. Esas personas no significan nada en mi vida, mejor dicho, nunca significaron.

—No me gusta que hable así de los muertos.

—Marlene, siempre estuvieron muertos para James y para mí. Y creo que ese sentimiento fue recíproco.

—Por favor, insisto. No hable así de sus padres.

—Lo que tengo claro es una cosa, Marlene.

Ella seguía apoyada en el umbral de la puerta. Trató de ayudarme con la ropa, pero yo no la dejé.

—¿Qué tiene usted claro?

—Que, con mi hijo, no haré lo mismo que hicieron mis padres conmigo.

—Qué raro. Usted, hablando de hijos, señorita Susan.

—Aunque no lo creas, hablo con conocimiento de causa.

—¿Cómo? Estoy perdida. ¿A qué se refiere?

—Estoy embarazada, Marlene.

—No me lo puedo creer. ¡Eso es una gran noticia! ¡Pero...! ¿Cómo ha sido?

—Marlene, hace falta que te explique cómo ha sido.

—No me refería a eso, señorita.

Se hizo un silencio entre nosotras. No miramos con complicidad y ella siguió hablando emocionada. La tristeza se había volatilizado de su rostro arrugado.

—Entonces ya entiendo porque le ha acompañado ese hombre. Ha hecho muy buena elección.

Cuando escuché aquella frase, podía haberle explicado que Brad era el padre, no Lewis. Pero preferí callar. Ahora no era momento de comentar nada. Ahora debíamos descansar un rato porque, en pocas horas, teníamos que enterrar a mis padres.

Hubo un hecho triste que me encogió el corazón y es que nadie me llamó. Nadie me envió un mensaje de condolencia. Estaba sola. Era una mujer insignificante. No era nadie para el resto del mundo. Las personas, a las que alguna vez importé, pertenecían al círculo de amistades de Brad y yo había conseguido que desaparecieran de mi vida, aunque me hubiera dolido mucho.

Pasaron las horas rápidamente y allí estábamos reunidos, en el cementerio, unos cuantos familiares lejanos. Un panteón suntuoso daba la bienvenida a aquellos dos cuerpos con los que yo no me sentía identificada. Lewis no se separaba de mí. Empresarios, magnates y hombres de negocio no dejaron de darme el pésame. Pero, en mi rostro, no había nada que pudiera asemejarse a la tristeza.

James estaba frente a mí y yo sentí tal rabia al verlo aparecer que no le dije ni “hola”. No lo saludé. Supongo que muchos achacarían aquel distanciamiento a nuestro duelo. Pero no era así. Es cierto que James hizo el ademán e ir a saludarme, pero yo lo frené, yo lo excluí de mi lado. Yo quise que permaneciera lejos, porque él había sido el causante de que yo dejara Manhattan y de que perdiera la oportunidad de iniciar una nueva vida al lado de un chico como Brad.

Lewis me había hablado de aprovechar las oportunidades durante el avión, pues yo tengo que decir que no había aprovechado la mía porque aquel niño malcriado había atropellado al hermano del que podría haber sido mi amor, mi amante y mi esposo. ¿Quién sabe?

Toda la ceremonia transcurrió con normalidad. Un coro de voces acompañó las oraciones y los responsos del sacerdote. Yo me atreví a decir unas palabras. Mentí sobre ellos, mis padres. Mentí sobre James y yo. Mentí al decir que habían sido unas personas maravillosas. Mentí al mirar a Lewis demostrándole que lo quería como había querido a Brad.

No hubo tristeza en mi voz. Lo que hubo fue el vacío, el vacío que inundaba lo poco que quedaba de mi alma.

Capítulo 9

Ese día había amanecido diferente. Cuando abrí los ojos, Lewis no estaba en la cama, recordé cómo durmió conmigo esa noche, abrazado y sonreí.

Era un hombre dulce y agradecí el tenerlo cerca en esos duros momentos.

Tal vez lo más duro ya había pasado. O tal vez solo acababa de comenzar. Ni yo misma lo sabía.

Lo único que tenía claro era que él era mi salvavidas. Y que eso me hacía ser egoísta, por supuesto.

Entré en la cocina y ahí estaba él, ayudando a Marlene con el desayuno.

—Buenos días, preciosa, ¿bien? —preguntó acercándose a mí y dándome un beso en los labios.

—Mejor, gracias. Buenos días, Marlene. Desayunaremos aquí, contigo —le guiñé un ojo y ella abrió los ojos como platos.

—Buenos días —dijo sonriente ella.

Y nos sentamos los tres a desayunar, evitando nombrar el día anterior y el funeral de mis padres. Hablando sobre mi ciudad y haciendo un planning de sitios a los que tenía que llevar a Lewis.

—No voy a permitir que te des una paliza ahora por andar de un sitio para otro. Yo tengo mucho tiempo para conocer lugares, y tú, en tu estado, no estás para muchos trotes —dijo sin dejar lugar a réplica.

—Estoy embarazada.

—Por eso lo digo —afirmó con la cabeza.

—No enferma —continué.

—Pero tienes que cuidarte.

Marlene se rio por lo bajito y acabó dándole la razón, ignorando mi mirada de mala hostia para con ella.

—No me va a pasar nada por hacer un poco de ejercicio, de turismo o como quieras llamarlo.

—Por si acaso, no nos vamos a arriesgar. No al menos hasta que el doctor te vea. Por cierto, eso es lo primero que tienes que hacer, coger una cita.

—Sí, señor —dije con ironía.

—Y toma, cómete esto —me plantó delante un croissant de chocolate.

—A sus órdenes. ¿Algo más? —seguía siendo cínica.

—Mmmm... — me miró pensativo— Quizás deberíamos ir a comprarte ropa adecuada, no debes de usar tacones ni cosas apretadas ni...

—Mira, tú —lo señalé con el dedo—, una más y te planto en un avión de camino a Dublín, la China o a la selva Amazonas para que no vuelvas. Pero a mí no me vas a tener como una muñequita de cristal.

Las carcajadas de Marlene resonaron por toda la cocina.

—Solo intento cuidarte —dijo el loco del editor en su defensa.

—Estamos en el siglo 21, no en la edad media. No te obsesiones porque me pondrás nerviosa y si me pones nerviosa, puedo cometer una locura. Y lo de meterte en un avión no va a ser suficiente, así que tú verás.

No sabía por qué me ponía así, pero me había sacado rápidamente de mis casillas. No iba a permitir que me tratara como si fuera a romperme, a ese paso me daría de comer él y yo me pasaría el embarazo sentada en el sofá, poniendo mi culo gordo mientras él me abanicaba. Porque calor no hacía, pero yo había empezado a sudar ya de pensarlo.

—Venga, levántate que nos vamos —dije con mi mala leche recién conseguida.

—¿Adónde? —preguntó.

—A pasear. Porque pasear sí puedo, ¿no?

Me fui de la cocina para vestirme y escuché cómo se reía con Marlene. Al final acabé hasta yo sonriendo. Si es que en el fondo me hacía gracia.

El día estaba precioso, no hacía ni frío ni calor y podíamos pasear tranquilamente mientras nos tomábamos un refresco.

Íbamos agarrados de la mano, yo un poco cortada al principio pero segura al mismo tiempo. Como si fuéramos una pareja normal, y a veces eso éramos.

Nos paramos varias veces para hacernos algunos selfis de recuerdo, Lewis quería plasmar todo lo que vivíamos. O eso o era un obseso de las fotos, que aún no lo sabía con certeza.

Tras mirar la última foto que nos habíamos hecho, levanté la cabeza para que siguiéramos caminando cuando tuve que pararme por completo.

No, no podía ser cierto.

Pero lo era... Brad. Frente a mí, mirándome fijamente a los ojos. Pensé que mis piernas no me sostendrían. Mierda, ¿Por qué tenía que encontrármelo allí?

Bajó su mirada hasta mi mano, la cual estaba agarrada a la de Lewis. Sentí la mirada de Lewis en mí y cómo después miraba al frente, a ese hombre que se había parado a escasa distancia de nosotros. A ese que me miraba con dolor en los ojos, ojos de los cuales salieron algunas lágrimas.

Brad negó con la cabeza y empezó a andar, pasando por mi lado, rozando su hombro con el mío. Dejándome allí, sin saber reaccionar.

Ni siquiera me di cuenta de que me había sentado en un banco cercano y de que Lewis decía mi nombre, tan grande había sido el shock al verlo.

—Susan, ¿estás bien? —repitió por undécima vez.

—Sí, lo siento —acepté la botella de agua que me ofrecía y bebí un poco.

—Es él, ¿verdad?

No hacía falta que explicara nada más, ambos sabíamos a qué se estaba refiriendo.

—Sí, es el padre de mi hijo —dije con lágrimas en los ojos.

—Susan, yo...

—No, lo siento, perdóname. No supe reaccionar, me quedé en blanco y....

—No —puso un dedo en mis labios, silenciándome—, no te disculpes y tampoco te estoy pidiendo explicaciones. Ahora mismo solo me interesa que te relajes, que estés tranquila, por ti y por el bebé. Lo demás puede esperar.

—Prefiero volver a casa —dije agobiada.

No hicieron falta más palabras, nos fuimos a casa.

Pasé el día intentando no pensar en el encuentro con Brad, pero era imposible. Le conté a Marlene ya que la pobre estaba extrañada al verme llegar tan pálida. Me abracé a ella, llorando. Como hice varias veces con Lewis.

Pero él nunca preguntó, no hizo nada más que estar ahí, conmigo.

Los siguientes días en Manhattan ya no fueron como esperaba, intenté estar animada pero no me sentía con ganas de nada. Así que, después de varios días allí, nos despedimos de mi ciudad, cogiendo un vuelo de nuevo para Dublín.

Tenía mucho que pensar y mucho que olvidar, y tenía que hacerlo lejos, donde pudiera pensar sin que los recuerdos me siguieran atormentando.

Cuando el avión tocó suelo dublinés, mi cuerpo se relajó automáticamente. Ya había un océano de por medio entre mi pasado y yo.

Y tendría que ser así por mucho tiempo. Al menos hasta que las fuerzas volvieran a mí.

Capítulo 10

El dinero no significaba nada para mí.

Que yo deje por escrito algo así es un milagro. Pero los milagros suceden como suceden las catástrofes. La herencia de mis padres nos ponía de nuevo uno frente al otro.

Yo ya sabía que James estaba ansioso por hacerse con ella y yo, sin embargo, temía aquel dinero, pues el dinero solo podía joderme la vida. Ya lo había hecho durante demasiados años. Tenía todo. Había comprado todo. Había elegido todo. Pero ahora mi hijo y una vida sencilla, aunque holgada, me descubrían la verdadera finalidad de mi existencia y que me había perdido antes muchas cosas, entre ellas, descubrir la belleza, el cariño y el amor en las pequeñas cosas.

Mi forma de mirar al mundo se transformaba y no quería que mi hijo fuese como yo. O como James. Mi hijo debía valorar otras cosas que yo no había sabido valorar hasta ahora.

Cuando tuve la oportunidad, fue demasiado tarde, porque el destino convirtió esa nueva manera de ilusionarme en un castigo, en una condena.

James no se había dado cuenta todavía. Quería seguir gastando y viviendo al límite. Yo sabía que así no podía seguir, que su final no estaba lejos, y yo ya no iba a hacer nada para que él reflexionara y enmendara sus errores. Estaba acabado como lo estaba yo también, aunque yo tenía la esperanza, y la esperanza era mi hijo.

No es mentira lo que escribo. Sentía que mi bebé era esa forma de desaparecer que yo tantas veces había pedido al Cielo. Ahora que volvía a mirarme al espejo, pese a ver a una mujer triste, más resignada que abatida, volvía a ver también la sombra de un pájaro, la sombra de ese albatros que despliega sus alas para huir de la tierra y abandonarse a las corrientes de aire.

¿James me odiaba? No lo sé. Yo ya no sentía nada por nadie que me vinculara con aquella familia que había sido el caos. Yo tenía una nueva familia. Ahora, pese a Lewis, pese a su afecto, yo reconocía mi soledad, mi íntima soledad, y mi hijo también, en mi vientre, pero no era una soledad que hiere, sino esa soledad que se busca para amortiguar los golpes tan duros que te propina la vida.

Aterricé en Dublín, sentía dolor, rabia, sensaciones muy extrañas, ver a Brad supuso otro palo muy fuerte para mí, de la mano con Lewis ¿Qué pensaría?

Llegamos a casa después del largo viaje, menos mal que lo pasamos durmiendo al ser un vuelo nocturno, pero estaba cansada, me tiré en el sofá, no tenía ganas de hablar, lo bueno, que Lewis respetaba eso, solo se limitaba a cuidarme, darme un abrazo, una caricia, una muestra de amor que era lo que necesitaba.

—Voy a preparar la comida, quédate relajada en el sofá— dijo mientras besaba mi frente.

Demasiado dolor, demasiado sufrimiento, tenía que superar todo, salir adelante, Lewis me volvía a dar la oportunidad de hacerlo, pese a la nueva noticia de que tendría un bebe y no era de él.

Paso el día conmigo abrazados, atento y por la noche se fue de nuevo, volvería en una semana, estaba pensando ya en trasladarse aquí antes del nacimiento del bebe.

Sonaba mi móvil y pude descubrir que era Jess, no me apetecía cogerlo, no quería saber nada de Brad, no quería torturarme más de lo que ya lo venía haciendo.

Dada su insistencia lo cogí.

—Hola Jess

—Hola Susan.

—No puedes seguir así, no puedes marcharte y romper con todo sin ninguna explicación, Brad está muy mal.

—Yo también lo estoy, no puedo hacer nada, no puedo ir contra mis principios y ellos son los que me llevaron a irme Jess.

—Pues cuéntamelo, prometo que no diré nada.

—Prometo que lo haré, pero necesito tiempo, necesito estar preparada para hacerlo.

—¿Preparada?

—Sí, no lo estoy...

—No entiendo nada, ojalá dispusiera de tiempo para ir a buscarte Susan.

—No es necesario Jess...

—Quiero saber qué te pasa, te he cogido mucho cariño, os veía felices, cómplices, no entiendo nada.

- Prometo que te lo contaré...

—Deja de prometer, hazlo ya, ¡necesito saber!

—Lo siento, así no puedo, hay mucho por explicar, mucho que hablar, por teléfono no es el momento, no me encuentro bien, vengo de pasar por algo duro...

—Haz lo que quieras, pero creo que no me merezco esto...

—Lo sé, pero créeme que no puedo.

—Pues cuando quieras, aquí estaré, no te pienso rogar más. Qué te vaya bien. Hasta luego.

—Hasta luego Jess.

Colgó dejándome un nudo en la garganta, tenía razón, pero no estaba preparada para contarle más nada.

Me puse a llorar, estaba desconsolada, nada me salía bien y aunque Lewis se había interpuesto en mi camino, dándome lo mejor de él, había capítulos que perdurarían para siempre conmigo.

Capítulo 12

Vivía obsesionada con preparar la habitación de mi bebe, el doctor por la mañana me había dicho que era niña, lo tenía claro le pondría Jennifer, lloré al escuchar de nuevo su corazón, ya se me notaba mucho la tripita, Lewis estaba feliz con la noticia, estaba preparando todo para venirse a vivir conmigo.

Me fui a comprar su dormitorio, ya podía escogerlo, ya sabía su sexo, ya podía empezar a planificar su llegada, me hacía feliz los preparativos, el pensar que en unos meses podría abrazarla, se convertiría en el centro de mi vida.

Entré a una tienda de muebles de bebes, me gustaba todo, sonreí al saber que lo iba a tener complicado, además era una tienda muy exclusiva y solo había cucadas.

Miré un precioso dormitorio, tenía un buen armario, una cuna, una cama, una cómoda y unas estanterías de lo más fino, todo en color beige y rosa, sonreí, estaba claro que quería ese, así que lo encargué y quedaron en llevármelo en un rato, ya tenía la habitación desalojada para meter el dormitorio de mi bebe.

Me fui paseando, entré a una tienda de cortinas y edredones, otra cucada, así que aproveché y compre todo ya listo, me lo lleve a casa para colocarlo cuando luego me pusieran el dormitorio.

No puede evitar parar ante una tienda de ropa de primera, aguanté la risa en el escaparate para no parecer una loca, entré y compré de todo, bodys, ropita para su llegada y un sinfín de cosas que hacían que volviera a casa más cargada aún.

Coloqué todo sobre mi cama, fui al salón y tras coger una lata de coca cola cero, puse música, puse un cd latino con toda clase de música, mientras que sacaba las cosas de la bolsa me apetecía escuchar algo, entonces empezó a sonar la canción de Luis Fonsi, comencé a tararearla.

Me quedo callado
Soy como un niño dormido
Que puede despertarse con apenas sólo un ruido
Cuando menos te lo esperas
Cuando menos lo imagino

Sé que un día no me aguanto y voy y te miro

Y te lo digo a los gritos

Y te ríes y me tomas por un loco atrevido

Pues no sabes cuánto tiempo en mis sueños has vivido

Ni sospechas cuando te nombré

Yo, yo no me doy por vencido

Yo quiero un mundo contigo

Juro que vale la pena esperar, y esperar y esperar un suspiro

Una señal del destino

No me canso, no me rindo, no me doy por vencido

Tengo una flor de bolsillo

Marchita de buscar a una mujer que me quiera

Y reciba su perfume hasta traer la primavera

Y me enseñe lo que no aprendí de la vida

Que brilla más cada día

Porque estoy tan sólo a un paso de ganarme la alegría

Porque el corazón levanta una tormenta enfurecida

Desde aquel momento en que te vi

Yo, yo no me doy por vencido

Yo quiero un mundo contigo

Juro que vale la pena esperar, y esperar y esperar un suspiro

Una señal del destino

No me canso, no me rindo, no me doy por vencido

Este silencio esconde demasiadas palabras

No me detengo, pase lo que pase seguiré

Yo, yo no me doy por vencido

Yo quiero un mundo contigo

Juro que vale la pena esperar, y esperar y esperar un suspiro

Una señal del destino

No me canso, no me rindo, no me doy por vencido

Oh, juro que vale la pena esperar, y esperar y esperar un suspiro

Una señal del destino

No me canso, no me rindo, no me doy por vencido

Me recordaba a Brad, pero me venía a cada instante la imagen de Lewis a la cabeza, sabía que iba a tener una batalla dura que librar, los amaba, pero mi corazón tiraba más por el padre de mi bebe, ese que jamás volvería a estar en mi vida, ni siquiera sabría la existencia de nuestra hija.

Vinieron los chicos de los muebles, me vino genial, quería quitarme las ideas que se me pasaban por

la cabeza, de uno y de otro, había momentos que parecía que iba a envejecer.

La habitación quedó preciosa, cuando me quedé sola, colgué las cortinas y le puse los edredones a la cama y a la cuna, metí su ropita en el armario, coloqué los bodys en la cómoda, después, me senté un rato allí, observándolo, llorando en solitario, no sabía si era de dolor o de emoción, pero nostálgica estaba un rato...

Capítulo 13

Me encantaba ese momento de sentarme de madrugada con una taza de té caliente en las manos y observar por la ventana de mi casa.

La noche estaba bastante oscura, iluminada por la luz de las farolas.

Había adquirido esa costumbre desde que estaba en Dublín, sobre todo porque me costaba dormir. Y la cosa no había cambiado desde que Lewis vivía conmigo.

Estaba siendo fácil acostumbrarnos a la convivencia. Realmente, con él, todo era fácil.

Así era Lewis...

Pero a veces parecía que vivía solo para complacerme y, aunque se lo agradecía, tampoco quería eso. Yo necesitaba mi espacio.

Pero estaba segura de que eso serían los primeros días, hasta que ambos nos acostumbráramos el uno al otro.

Le di un sorbo al té y suspiré.

Cómo había cambiado mi vida en tan poco tiempo. Ya sin contar mi historia con Brad, si no desde que pisé suelo dublinés.

Lo primero que hicimos Lewis y yo, después de acomodar sus cosas, fue planear cómo decorar la habitación del bebé.

Habíamos comprado de todo, no le faltaría de nada. Apenas me dejó tampoco correr con los gastos, a veces creía que estaba más emocionado que yo con la llegada de mi bebé.

Pero la verdad era que la habitación había quedado preciosa.

Me levanté y entré en ella, encendí la luz y me quedé observando todo.

Seríamos felices, sin duda, al menos tan felices como podíamos. O mejor dicho, ellos serían completamente felices.

Porque yo...

Nunca podría serlo por completo. Nunca sin Brad.

Brad...

Negué con la cabeza y me fui de allí. Me senté de nuevo en el sofá y seguí tomándome mi té, a ver si eso me ayudaba a conciliar el sueño y a dejar de pensar.

Brad estaba en mi mente las 24 horas del día, en todo momento, en todo lo que hiciera. Él nunca abandonaba mis recuerdos. Ni mi corazón.

Pero yo ya no estaba cerca de él, estaba muy lejos, viviendo una vida completamente diferente, tenía que aprender a olvidar.

O a vivir con los recuerdos.

Me terminé el té y me fui a la cama. Lewis me abrazó en el mismo momento en que me notó cerca.

Nuestra historia era un poco rara, o así la sentía yo, lo innegable eran sus sentimientos hacia mí y lo

que yo significaba en su día.

Solo esperaba que no hubiéramos elegido el camino equivocado y, sobre todo, que él no saliera herido. Yo pondría todo de mi parte para hacerlo feliz, pero...

Suspiré de nuevo, él apretó contra su cuerpo, haciéndome saber que no estaba sola. Y yo terminé por sonreír.

Teníamos una nueva vida, o un proyecto de esta.

Sí, había que seguir.

Capítulo 14

Toqué mi barriga mientras esperaba que Lewis me trajera el café. Tenía costumbre de hacerlo todas las mañanas y nos sentábamos juntos en el sofá a tomárnoslo.

Al poco tiempo de volver de Manhattan, tomó la decisión de venirse a vivir a Dublín y yo en ese momento lo necesitaba tener cerca como para ofrecerle que viviera conmigo.

Y así estábamos desde entonces.

Cogí la taza que me ofrecía, tomó asiento a mi lado y disfrutamos del silencio, simplemente estando en compañía del otro. Y todo estaba bien así, hasta que el timbre de la puerta sonó.

Nunca me iba a imaginar quién estaba detrás...

Así que cuando lo vi aparecer por el salón, delante de Lewis, casi se me cae la taza de las manos.

—Brad... —susurré.

Solo eso, un susurro. Temblando, puse la taza en la mesa. Mi gesto no pasó desapercibido para ninguno de los dos, ambos miraron mis manos antes de volver a mirarme a la cara.

—¿Qué haces aquí? —dije tras carraspear, me acomodé en el sofá y lo miré fijamente.

—¿Podemos hablar?

Lo observé unos instantes, estaba demacrado, unas horribles ojeras surcaban sus ojos, brillantes por lágrimas no derramadas.

—Brad, yo...

—Cariño —interrumpo Lewis dulcemente y comenzó a acercarse a mí—, tengo que hacer unas llamadas, aprovecho y desayuno fuera.

—Pero, Lewis, no...

—No te preocupes —me dio un beso en la cabeza—, tenéis mucho que hablar. Te veo allí en un rato.

Me sonrió tranquilizadamente, me dio un apretón en el hombro mostrándome su apoyo y se fue de la casa.

Cuando cerró la puerta, yo seguía mirando a Brad. Mi corazón latía desesperadamente, tenía un nudo en la garganta. No tenía ni idea de qué hacía allí, cómo me había encontrado, para qué había viajado tantos kilómetros.

No tenía ni idea de nada.

—¿Puedo sentarme? —preguntó señalando el sofá en el que yo me encontraba.

Asentí con la cabeza y él tomó asiento, cerca... demasiado cerca a mi parecer.

—Brad... ¿Qué haces aquí? ¿Cómo me encontraste? ¿Pasó algo? ¿Están todos bien?

Solté la lista de preguntas sin pararme a respirar, iba a darme un infarto por el simple hecho de tenerlo cerca. Tanto tiempo alejado de mi ciudad, de mi país, para poder sanar algunas heridas, para poder olvidarlo a él... Cosa que sería imposible, pero ahí estaba esforzándome. Para que ahora apareciera así, de sorpresa, en mi escondite, tirando por tierra todos mis esfuerzos por hacer una vida sin él.

Con su recuerdo, siempre, pero sin él.

—¿Cómo estás? —eso fue lo primero que me preguntó.

¿Que cómo estaba? Histérica, mierda, así estaba. ¿Qué esperaba que le respondiera? Me iba a dar

algo.

—Bien —dije en su lugar, haciendo un esfuerzo sobrehumano por aparentar serenidad—. ¿Tú?

—Algo cansado, el vuelo ha sido largo, solo me dio tiempo a dejar las maletas en el hotel antes de venir a verte.

Parecíamos dos desconocidos temerosos de hablar más de la cuenta, ahora solo nos quedaba hablar del clima, pensé irónicamente.

—¿Cómo me encontraste?

—Marlene me dio la dirección.

—Marlene... —iba a matar a mi criada, la mataría a distancia si eso fuera posible. O peor, la iba a descuartizar lentamente. ¿Pero se había vuelto loca? ¿Cómo le había dicho dónde estaba?

—No la culpes, ella hizo lo que debía.

Me reí, nerviosa, enfadada, con una mezcla de sensaciones que no sabría definir.

—Ella no tenía derecho a nada. Ella sabía que no tenía que decir dónde estaba, yo le prohibí que lo hiciera —respondí cabreada.

—Hizo lo que creyó mejor para ti cuando supo el motivo de mi visita.

—Mira, Brad. Dejémoslo. Ya ajustaré cuentas con Marlene. Ahora dime, ¿qué haces aquí?

—Vine a buscarte.

—Se supone, como que estás en mi casa. ¿Pero qué puedo hacer por ti?

No sabía cómo lo estaba haciendo, cómo era capaz de hablar “fríamente”, ni siquiera de cómo era capaz de pronunciar palabras coherentes delante de él. Por dentro estaba como un flan, temblaba, pero no iba a mostrárselo.

—No me expliqué —continuó—. Vine a buscarte para que vuelvas a casa conmigo.

—Estoy en casa.

—No, esta no es tu casa. Tu casa está allí, en Manhattan, y tu lugar es conmigo, no con...

—Esto no tiene ningún sentido —lo interrumpí antes de que nombrara a Lewis—. Brad, lo nuestro se acabó, yo tomé distancia, tengo otra vida, no hay nada que solucionar entre nosotros. Esto es lo que yo elegí.

—Sí, tú lo has dicho. Lo que Tú elegiste —dijo remarcando el tú—, pero yo jamás tuve opción a decidir.

—Tú no tenías que decidir nada. Es de mi vida de lo que hablamos. Tuvimos algo, se acabó, yo me marché. Punto. No hay nada más que hablar.

—No. Teníamos algo, tú decidiste que se acabara, tú decidiste marcharte. Y no, no hubo nada de lo que hablar. Tú decidiste por los dos, ni siquiera me diste una explicación, me dejaste. ¿Pensaste en algún momento en mí?

Que si pensé en él...

Qué ironía de la vida. Todo lo había hecho por él. Por no verlo sufrir. Porque cuando supiera la verdad de quién era yo, podría destrozarlo. Porque el destino, antes de juntarnos, ya se había encargado de que lo nuestro fuera imposible.

Porque ese mismo destino tenía una manera muy curiosa de enseñarnos cómo dolían las cosas.

Cómo dolía el amor.

Pero no iba a decirle nada, no iba a contarle nada. Él jamás sabría qué...

—Siento mucho la muerte de tus padres.

Lo dijo así, con tristeza en la voz, sin venir a cuento.

Mi cuerpo se tensó de repente. ¿Había dicho eso? Porque si era así, entonces sabría... Oh, mierda, no podía ser.

—¿Cómo sabes? —pregunté, un par de lágrimas escaparon de mis ojos.

Él levantó la mano rápidamente, limpiando mi mejilla con su pulgar, haciéndome temblar por el contacto. Y yo cerré mis ojos unos instantes, recreándome en esa sensación de volver a sentir su piel contra la mía.

—Me dolió tanto ver cómo sufrías el día de su entierro, Susan. No puedes ni imaginarlo.

—Pero... —volví a abrir los ojos y me encontré con su mirada en mí.

—Se enteró todo el país.

La prensa... No había pensado en eso, realmente, en esos momentos, no había pensado en nada.

—Y ahí entendí por qué te habías separado de mí —seguía acariciando mi cara con el pulgar—. La hermana del que atropelló a mi difunto hermano. Fue por eso, ¿verdad? —no respondí, no sabía qué decir— El mismo día que te encontré en Central Park, agarrada de la mano de ese hombre... —cerró los ojos, como si le doliera recordar eso, como si quisiera borrarlo de su mente— Ese día me encerré en casa, dispuesto a emborracharme para olvidar. Pero encendí la televisión y ahí apareció Susan McRay. En el entierro de sus padres. Y James McRay, en el mismo entierro...

En ese momento comencé a darle vueltas a mi cabeza. Todo me decía que por eso te habías ido, pero seguía sin entenderlo.

Tú no eres tu hermano. Tú no tenías que haber elegido eso por mí.

Esa era mi decisión, Susan, decisión de los dos.

—Yo no quería que sufieras —dije mientras comenzaba a llorar.

—Que sufiera... —bufó— Nada me hizo sufrir más que perderte. ¿Es que no lo entiendes?

—El que no lo entiendes eres tú. Soy la hermana del ser que más odias en este mundo, del que te destrozó la vida. Soy la hermana del asesino de tu hermano —dije con rabia, no podía ser que no me entendiera—. Yo también creí morir cuando me enteré, a mí también me destrozó. Te amaba, Brad, ¿cómo no marcharme para evitarte ese dolor?

—Ahí te equivocas. Yo tenía derecho a saberlo.

—Yo creo que no.

—Y te vuelves a equivocar. No digas te amaba en pasado. No vuelvas a insinuar que eso ya pasó, Susan. No... No lo hagas —negaba con la cabeza.

—Brad, por favor.

Brad cogió mi cara entre sus manos.

—Estuve mucho tiempo borracho, ¿lo sabías? Semanas, meses, no lo sé. Perdí la noción del tiempo. Solo yo, encerrado en esas cuatro paredes, luchando con mis demonios. Con la culpa. Debatiéndome entre el dolor por saber quién eres y por lo que sentía. No me importaba mi negocio, no me importaba nada...

A veces dudaba de todo. A veces pensaba que sabías quién era desde el principio, que jugaste conmigo. O que simplemente no sabías nada y me dejaste por otro.

Lo que fuera. Culpame porque dudé de ti.

Y bebí porque no soportaba esos pensamientos.

Hasta que mi cabeza se aclaró hace unos días. Y fui a buscarte.

—Brad, olvida el pasado —yo no podía dejar de llorar y a él le pasaba lo mismo.

—Y hablé con Marlene. siguió, ignorando mi petición—. Y cuando me derrumbé ante ella, con todo el dolor que llevaba en mi corazón porque había perdido a la mujer que más amaba... —tragó saliva— Se apiadó de mí, por eso estoy aquí.

—No tenías que haber venido, entre nosotros no hay nada.

—Entre nosotros nunca dejará de haber nada, Susan. ¿No es cierto? —preguntó cuándo, con una de sus manos, tocó mi vientre.

—No... —negué repetidamente, llorando a lágrima viva— No sé de qué estás hablando.

—De nuestro hijo —dijo emocionado.

Yo movía la cabeza de un lado para otro. Mierda, ¿sabía de mi bebé? ¿Cómo iba a salir de esa?

—No me separes de ti, Susan. Por favor... no me separes de nuestro hijo —rogó.

—Oh, dios mío —estaba desconsolada.

—Cuando Marlene me contó todo, no tuve dudas en coger un avión y venirme, menos aun cuando antes de decirle adiós, decidido a venir a por ti, me dijo: Felicidades, vas a ser padre —sonreía entre lágrimas.

—La mataré...

—Vuelve conmigo, Susan. Volvamos a casa. Déjanos ser felices, nos meremos eso.

—No puedo...

—A mí no me importa quién sea tu hermano, a mí no me importa nada. Me importas tú. Me importa nuestro hijo. Mierda... lo único que me importa es cuánto te amo.

—Brad, no puedo —tenía el corazón roto.

—¿Es por él? —preguntó y ambos sabíamos a quién se refería.

—No tienes derecho a odiarlo, él ha sido un gran apoyo.

—No lo odio. Pero él no tiene que cuidar lo que es mío. Porque, te guste o no, eres mía.

—No seas neandertal.

- Eres mía, Susan. Ese bebé es mío, nuestro. Tu corazón es mío.

—No, ya no es así —dije intentando sonar convincente.

—¿No? Entonces ¿por qué tiembles cuando estoy cerca de ti? Dime ahora que no, dime que no sientes nada. Dime que me olvidaste. Dímelo, Susan y me marcharé.

No me dio tiempo ni a asimilar lo que me estaba pidiendo cuando su boca atacó la mía. Fue un beso desesperado. Rabia, dolor, anhelo, pasión, amor... Todo en uno.

Y por unos momentos lo disfruté. Dios, nunca pude olvidarlo...

Me agarré a su cuello, lo acerqué más a mí, saboreando cada instante, él me agarró de la cintura, pegándome a él todo lo que podía, como si quisiera meterme dentro de su ser.

Quizás era eso, yo había tenido esa sensación muchas veces. Era como el miedo a perderlo.

Pero él era ya pasado, ¿o no?

Cuando nuestros labios se separaron, nos miramos unos instantes a los ojos.

—Te amo —dijo emocionado.

Pero yo no podía contestar. En ese momento pensé en Lewis. En todo lo que él significaba en mi vida. En cómo me había ayudado, su lealtad era lo primero.

Y ahí estaba yo...

El amor de mi vida venía a ofrecerme una vida con él, olvidando el pasado, sin reproches, sin nada que ocultar. Y yo lo había besado.

Me levanté del sofá y me fui hacia la ventana. Observé el parque a través del espejo y vi cómo Brad se acercaba a mí.

—Brad, yo...

—No, no voy a admitir un no —seguía terco—. Me amas, Susan, eso no lo puedes negar.

Quizás no podía negarlo, pero las cosas no eran tan fáciles.

Cogí aire profundamente y lo miré.

Para bien o para mal, tenía una decisión que tomar.

Brad.

Unos días antes.

Estrellé la botella de vodka contra la pared. El líquido mojó todo, impregnando la estancia con el aroma a alcohol. El mismo aroma que me acompañaba las últimas semanas.

Mi casa estaba hecha una mierda. Cajas de comida a domicilio por el suelo, yo hecho un desastre, ni siquiera me preocupaba el ducharme. Lo hacía cuando el olor ya era demasiado insoportable.

No había abierto la puerta a mis amigos, ni siquiera les cogía las llamadas.

No me importaba nada.

Solo mi dolor.

Era Susan McRay, hermana del asesino de mi hermano. Ese que lo atropelló, quitándole la vida.

Las dudas me habían atormentado demasiado, pensando a veces que todo era una manera de reírse de mí. Pensé que apareció en mi vida para destrozarla.

Pero la cordura se impuso, por fin.

Nada de eso podía ser cierto.

No, nada lo era.

El destino, la vida, o como se llame eso que juega con nosotros como si fuéramos marionetas, nos puso a uno en el camino del otro. Porque tenía que ser así, porque teníamos que enamorarnos. Porque nuestra vida era estar juntos, no había otra manera, no había más opción.

Y ella me amó, ella me seguía amando.

Lo noté cada vez que la toqué, cuando temblaba entre mis brazos, con el simple contacto de mis dedos. Temblaba sin control con solo tenerme cerca, aún cuando no la tocaba.

Nunca había fingido lo que sentía por mí. Ella era demasiado transparente para engañar a nadie. Para engañarme a mí.

Y yo, por idiota, llevaba semanas ahí encerrado, intentando culparla porque así el dolor era menor. O eso pensé, porque la verdad era que ese dolor me desgarraba el alma.

El pasado era pasado. Ella no era su hermano. Pero sí era el amor de mi vida.

Y perderla dolía más que cualquier otra cosa.

Me levanté, dispuesto a encontrarla a como diese lugar. Fuera como fuera, ella volvería a mi lado. Ya tuviera que traerla a rastras. Su lugar estaba conmigo, nadie la amaría jamás como yo lo hacía.

Y no iba a permitir que sufriera nunca más. De eso me encargaría yo, para eso viviría a partir de ese momento.

Porque era mía...

No quise ni pensar en que no la encontraría, no sabía cómo lo haría, pero estaría con ella, aunque la vida se me fuese en ello.

Entré en la ducha y me arreglé. Olvidé el desastre en el que vivía, eso no me importaba ahora.

Solo Susan.

Y llegué a su casa. Su criada me abrió la puerta y en su mirada pude ver muchas cosas. Me invitó a pasar y me sinceré. No me importaba lo que pensara de mí. Todo por ella. Todo por el amor de mi vida.

Y esa mujer se apiadó de mí, supongo que habría vivido todo el dolor que vivió mi gran amor. Dios mío, ¿cómo se enteraría de la verdad?

Conociéndola, estaría destrozada, por eso huyó. Por mí, prefería sufrir ella a que sufriera yo.

Y esas palabras me las dijo Marlene, quien, aún teniendo dudas, me dio su dirección. Agradecido, fui a irme cuando sus palabras me pararon: Felicidades, vas a ser padre.

Me agarré a la pared, temiendo que mi cuerpo cediera.

Padre... Iba a ser padre.

Ahora sí que nada ni nadie me separaría de ella. Nada ni nadie me separaría de mi hijo.

Presente.

Y ahí estaba yo, mirándola mientras rezaba interiormente para que se quedara conmigo.

Era preciosa, apoyada en esa ventana. Incluso con lágrimas en los ojos y demacrada.

Era la mujer más bella que jamás había visto.

Y era el amor de mi vida.

Y yo estaba asustado. Tenía miedo de que me rechazara, de que su amor no fuera tan fuerte como para que me eligiera a mí.

Bajé la mirada a su vientre, a ese abultamiento que ya empezaba a notársele. Ahí, donde crecía mi hijo, nuestro bebé.

Una sorpresa que me había alegrado el alma después de tanto dolor.

Levanté la mirada de nuevo y observé cómo sus ojos se abrían para mirarme. Vi multitud de cosas en ellos: miedo, incertidumbre, tristeza, desconcierto... Y amor. Eso, aunque ella intentara esconderlo o enmascararlo, estaba ahí. Siempre había estado ahí cuando me miraba y no podría desaparecer.

No, porque ella seguía enamorada de mí.

Pero veía dudas. Y esas dudas no eran solo por nosotros, sino también por ese hombre que se había enamorado de ella y la había apoyado todo este tiempo.

No sabía qué iba a decidir, pero su elección podía destrozarme por completo.

Vi cómo se mordía el labio antes de coger aire.

Parecía que la decisión estaba tomada.

Aunque una cosa tenía clara. Si su respuesta era querer echarme de su vida, estaba equivocada si pensaba que sería así de fácil. Porque entonces comenzaría el juego, yo no iba a permitir que lo nuestro se acabara. Lo nuestro no tenía final.

Era el momento de escuchar qué elegía, era el momento de ver a qué me enfrentaba.

Era el momento de la verdad...

Continuará...